





# GALDÓS Y SU OBRA

# OBRAS DEL AUTOR

## PUBLICADAS:

*El santo varón* (novela), 1919, 3,50 pesetas (agotada).
*El encuentro de dos almas* (novela), 1921, 2 pesetas.
*Galdós y su obra* (conferencia dada en el Ateneo de Madrid el día 13 de febrero de 1922), 2 pesetas.

## EN PRENSA:

*El buscador de caricias* (novela).
*Al borde* (novela).
*Aidos y Nemesis* (novela).

## EN PREPARACIÓN:

*La mejor obra* (novela).
*El hogar roto* (novela).
*El moderno Tenorio* (novela).
*El hombre universal* (novela).
*La comedia de los siglos* (novela).

## TEATRO:

*Gozar de la vida* (drama en tres actos).

ANTONIO ALARCÓN CAPILLA

# GALDÓS Y SU OBRA

Nuevo estudio crítico-filosófico de la persona del inmortal novelista y su genio creador, desenvolviéndose y desarrollándose aquélla y éste en sus obras.

*Conferencia dada en el Ateneo de Madrid el día 13 de Febrero de 1922.*

PRÓLOGO DE

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO





LIBRERÍAS DE
Matheu, Marqués de Cubas, 3.
Fé, Puerta del Sol, 15.
MADRID

Imp. G. Hernández y Galo Sáez.—Mesón de Paños, 8.—MADRID

*A mi fraternal amigo*

*Angel Dotor*

*Ofrenda intelectual a su numen, que le distingue como profesor y joven crítico de los verdaderos valores intelectuales imbricados a las novísimas tendencias estéticas y en consonancia con las fuentes básicas del Arte literario, que floreció cuajándose en frutos de sazonadas civilizaciones en todos los tiempos.*

EL AUTOR

# PRÓLOGO

*Hallándome yo en la bella ciudad de Lisboa, gozando del encanto de su clima, único en Europa (fuera de Costa Azul y de nuestra Málaga) durante el invierno, leí una tarde—en un viejo café de la vieja ciudad, allá por las sombrías rinconadas del barrio de Alfama donde antaño las almas de los judíos y de los recién conversos, de los* christãos novos, *fueron vendidas al diablo por treinta monedas—que en el Ateneo de Madrid se había organizado un ciclo de conferencias en homenaje a la ilustre memoria de don Benito Pérez Galdós.*

*Aun allá, en la distancia, sonáronme a gloria las alabanzas en loor del ciego y grande don Benito, un poderoso artista creador que, si hubiera nacido en Francia, tendría los homenajes póstumos de un Balzac.*

*Suponía yo que fuese mi Sección de Literatura del Ateneo—a la que yo seguía perteneciendo en cuerpo y alma, aunque ausente de ella por breve espacio de tiempo—la que hubiese organizado este tributo a la memoria del esclarecido maestro de* Marianela, *y la que fuese llamando a todas aquellas personas que,*

*por su significación literaria, se encontraran en condiciones propicias para decir algo nuevo acerca de la labor novelesca o teatral de don Benito Pérez Galdós.*

*En aquel retiro apacible de Lisboa, parecíame menos acusada la personalidad de Galdós al confrontarla con el* vulto *formidable, con la silueta intelectual tan relevada del Padre y Maestro Mágico de toda la Novela peninsular, del glorioso ante quien las Musas hispánicas rinden armas, del inmortal creador de* O Primo Basilio *y de* A Reliquia, *de don José María Eça de Queiroz...*

*Ante las ventanas del hotel donde me alojaba tenía la estatua del esclarecido humorista de* As Farpas, *y ella parecía señalarme, en aquel mármol animado de emoción, en que Teixeira Lopes ha plasmado la figura desnuda de la Verdad, echada en brazos del gran don José María, que la acoge como su más fiel prometida—el momento culminante y cómo el cenit radiante del florecimiento de la novela peninsular.*

*Y parecía como si aquella misma estatua se animase y nos señalase a los hispanos la persistencia en el culto a Galdós... ¿No era el propio Eça de Queiroz quien había loado a Galdós en aquel libro admirable, que es como el breviario del mundanismo intelectual o del intelectualismo mundano, que se titula* Correspondencia de Fadrique Mendes, *quintaesencia de su espíritu selecto?... Pues en ese libro del* snob *literario, en ese semillero de paradojas y exquisiteces de un alto espíritu, Eça de Queiroz señala a la admiración de sus compatriotas, como obras capitales de la*

*literatura española, estas etapas o distancias: el* Quijote, *el* Romancero, *algunas sátiras de Quevedo, tal o cual novela de Galdós...*

*En otro ensayo suyo, en el magnífico estudio autobiográfico, y elevado por su genio a la categoría de ensayo de psicología nacional lusitana, titulado* O francezismo, *y recogida en una colección publicada póstumamente y titulada* Ultimas páginas, *Eça de Queiroz es más explícito y dice con relación a la literatura contemporánea: «De nuestra vecina España, nada sabemos... ¿Quién conoce allí los nombres de Pereda y de Galdós?... De regreso a Madrid hallé que no era la Sección de Literatura la que había organizado este homenaje, un poco retrasado, pero justo, al glorioso creador de* Fortunata y Jacinta...

*¡Imposible pecado de negligencia que no me perdonaré jamás y que no debemos perdonarnos los que a tal sección pertenecemos!...*

*El ilustre presidente de la Sección, don Ramiro de Maeztu, había accedido, por esa tolerancia congénita en su espíritu saturado de enseñanzas cristianas, a que fuese un señor socio del Ateneo quien iniciase y organizase ese ciclo galdosiano. No me parecía ello totalmente sujeto a las prácticas reglamentarias de la casa y hasta conceptuaba ultrajante para la Sección de Literatura este injerto inopinado de una organización dentro de ella, de una Sección, siquiera fuese unipersonal, dentro de nuestra Sección; pero habiéndose realizado esta adjudicación de poderes en mi ausencia, no juzgaba adecuada ni correcta la protesta.*

*He aquí* la historia interna *de este ciclo de Galdós que se ha realizado en el Ateneo de Madrid, y he aquí, en parte, la génesis de esta conferencia del señor Alarcón Capilla, que yo sometí a examen, y aprobé para su lectura ante el público, y que hoy gustosamente prologo.*

***

*Don Antonio Alarcón Capilla es un joven escritor, que casi puede decirse que comienza ahora su carrera, si bien haya lanzado a la publicidad dos libros dignos de mención y gran copia de cuentos, artículos y crónicas. Entre estos cuentos recuerdo singularmente uno publicado en* La Esfera *(1.º octubre de 1921), titulado* El dolor del poeta, *que me impresionó singularmente porque, al través de las indecisiones y balbuceos de su estilo, encierra* una vena moral, *un fondo ético que suele estar ajeno a las producciones de otros jóvenes escritores, por lo general frívolos y desustanciados, sin lograr nunca dar con la verdadera verdad de su vida, y de consiguiente, con la única posible sinceridad de su arte...*

*Tiene el señor Alarcón Capilla la preocupacióu de lo espiritual, de lo ultraterrestre, de lo moral—lo que no es poco en los tiempos que corremos—. Hay en él un noble anhelo de espiritualidad, de elevación sobre lo vulgar y terreno, que se manifiesta singularmente en su novela* El santo varón o el gran lujurioso *(Madrid, 1919).*

*Me encantan, en ese libro, la intención moralizadora y un prurito de evangelización social; confieso que*

*no puedo decir otro tanto del estilo, todavía en formación, a veces un poco farragoso y sembrado de algunos lugares comunes... Esta es la sinceridad que el crítico debe a un autor incipiente, que desea con verdad avanzar en su camino.*

*Quien le quiera aconsejar bien al Sr. Alarcón Capilla le dirá que el estilo de* El santo varón—*al cual el subtítulo parece un colgajo artificial, añadido como algo editorial y llamativo del público—está todavía sin escardar, sin pulir, sin peinar... Es menester hacer ahí una terrible labor de poda y desbroce para llegar a una novela armónica.*

*Posteriormente el Sr. Alarcón Capilla publicó, mejor escrita y mejor trazada,* El encuentro de dos almas *(Madrid, 1921).*

*Es ésta ya una novela más cuajada, más hecha, y a pesar de no tener unas pretensiones tan desmedidas como* El santo varón (1), *es evidente que cumple mejor sus fines artísticos. En el tipo de novela corta, es más ajustada. Tiene psicología, descripción realista a veces demasiado detallista quizá; en suma: es una novelita muy bien «armada» técnicamente. El estilo está más* peinado *y limpio de barroquismos excesivos. Los tipos de Alicia y Lázaro están bien delineados y tienen viviente realidad; como que suenan a anécdota de la vida vivida por el poeta. Este carácter de anécdota*

(1) *Ahora me hace pensar una asociación de recuerdos que la adherencia del subtítulo* El gran lujurioso *quizá sea para evitar la coincidencia con el título de una novela de D. José María Matheu, titulada* El santo varón.

*amorosa, común a todos los mortales, es lo que quizá resta alguna originalidad a la novela del Sr. Alarcón Capilla; pero la verdad es que, aun durante varios siglos, la Humanidad seguirá fiel a la expresión de este sentimiento en las Bellas Artes y la agradará más leer las ternezas de un alma apasionada que los cantos a la gran industria moderna...*

*Hay en la novelita un capítulo II—que es el eje y núcleo central de la novela y donde el autor ha justificado el título de ella—que está hecho con comedimiento y espiritualismo, aun dentro de lo escabroso del caso narrado...*

* * *

*Galdós es un gran educador de literatos, un espíritu comunicativo y cordial, un escritor muy adecuado para adoctrinar gentes nuevas. Es pensando en Galdós como se concibe la verdad de la doctrina de un estético moderno, el inglés Henry G. Hartman, que sostiene que la fórmula del Arte es el Arte por la vida, en oposición a la vieja fórmula de los parnasianos: el Arte por el Arte.*

*Galdós había nacido para crear vida más que para producir Arte... En su sentir, el Arte ha de ser algo que irremediablemente nos conduzca a la vida y nos ponga en contacto con ella; no puede ser una simple juglería o un* scherzo *frívolo... Para Galdós, el Arte era un sacerdocio serio y la literatura una misión sagrada, un mundo mejor—como decía Madame de Stäel.*

*Sin ser un bibliófilo ni un apasionado de los libros*

*por sí mismos*, *Galdós vivió entre ellos lo mejor de su vida y así pudo decir con Don Diego de Torres Villarroel: «Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes, son unas alhajas que entretienen y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entretenido; el que los trata mucho, está muy cerca de ser loco; el que no los usa, es del todo necio...»* (Vida de Don Diego de Torres Villarroel, *pág. 38.)*

*El estilo de Galdós, llano, sencillo, puro, bien parlado, sin afectación, es el único del que no se puede decir lo que con arrogante humildad dijo Lord Byron de su estilo y del de sus contemporáneos: «Todos los estilos del día son bombásticos; no exceptúo el mío propio...»* (All the stiles of the day are bombastic; I don't except my own...) *El único que, entre los novelistas contemporáneos, no tuvo el estilo «bombástico» fué Galdós; ¡cuán lejos de la afectación purista de Pereda o de la afectación modernista, de «escritura artística», a lo Goncourt, de la señora Pardo Bazán!...*

*Galdós es todo él castellano, de muy castizo hablar y decir, ducho en los secretos de la lengua popular, muy familiarizado además con los buenos autores. No se le puede tildar de «hablista» y «parabolano», como Juan de Valdés tildaba a Mosén Diego de Valera...*

*Galdós es, por ello mismo, un gran maestro de juventudes. Nada más conveniente para adoctrinarse en buenas letras que empaparse en el estilo de Galdós, tan puro, tan claro, tan bello...*

*El Sr. Alarcón Capilla ha tenido, pues, un buen acierto en escoger a Galdós como prueba primera de*

*sus armas críticas y palestra de su primer torneo. Muy atinadas y justas cosas dice sobre el maestro de todos en las páginas que hoy se dan a luz y que en su día constituyeron la conferencia leída ante el Ateneo de Madrid.*

*Apunto sólo algunas, porque la exigüidad del espacio me constriñe. Así, señala muy acertadamente cómo en los libros está lo mejor y más puro de Galdós. Ved cómo escribe (pág. 45): «Lo principal y la mayor parte de la historia personal de Galdós está en sus libros; en ellos están sus ideales, en ellos están sus trabajos, sus interiores luchas, sus secretos pensamientos y su fantasía...»*

*Otra justa observación emite a propósito de la moralidad e inmoralidad de ciertas obras de Galdós. Así escribe: «He ahí que la moral en arte no hay que predicarla, sino hacerla desear.» Teoría que resulta equivalente de la de Flaubert:* «La moralitè d'un livre depend de la moralitè de ses lecteurs...»

*Bien entendido y bien interpretado ha sido Galdós por el Sr. Alarcón Capilla, que le estudia, si bien muy fugitivamente, en su biografía; más extensamente en sus actividades políticas, en su personalidad de artista creador y, preferentemente, en sus ideas religiosas, a propósito de las cuales dice cosas tan exactas como éstas: «Por eso yo sonrío cuando algún exégeta de la sociedad, cuando algún puritano de la religión me dice que la obra de Galdós es demoledora, que su espíritu es revolucionario y que era artista sectario... ¿Sectario Galdós?... ¿Cómo podía serlo si cultivó todas las ten-*

*dencias estéticas de Europa, conoció todas las ideas y sintió todas las religiones?... Sectarios serían los radicales fanáticos y los obscurantistas que exhibió en sus libros; pero él no... Galdós poseía un alma tan grande que se las asimiló y emparejó con miles de almas.»*

*Bien merece el Sr. Alarcón Capilla de las letras españolas con este homenaje póstumo consagrado al glorioso e inmortal maestro de* La familia de León Roch.

Andrés González-Blanco.

***Madrid, 4 abril 1922.***

# ACLARACIÓN PREVIA

En el capítulo siguiente, que titulo *Yo, conferenciante...*, he pintado, sin indagar pormenores, el ambiente que precedió a mi conferencia. La perspectiva es exacta; es la sensación anímica que borbotó en mi espíritu, el cual, como una placa fotográfica, reflejó los hechos en su parte externa, o sea, como cuerpos, no como espíritus; como efectos, no como causas; como acontecimientos en los que no se inquiere el cómo, el por qué ni el por quiénes. Mi única intención era, y es, enunciar el resultado de la actuación de los que, siendo ajenos a la Sección de Literatura, me acompañaban como presentadores, sin tener el arraigo mental preciso en el Ateneo, aislados del conglomerado intelectual autorizado y eficiente; y que, precisamente a causa de esto, se me interpuso ese hielo a que aludo...

Interesa a mi conciencia artística que esto esté claro, para que suspicacias injustas no formulen agravio recibido por mi parte (pues ello no existió en ningún instante) de lo que constituye el alma del Ateneo (mi conferencia lo proclama). Empezando por el secretario del mismo, mi ilustre amigo señor García Martí, no regateóme sus finas atenciones; el gran Maeztu, presidente de la Sección de Literatura (que estaba en Portugal), tanto como admiración me inspira simpatía; y por lo que respecta al vicepresidente, el insigne don Andrés González-Blanco, no sólo ha sido en todo momento deferente conmigo, sino que él fué quien cedióme generosamente el turno correspondiente a otra conferencia suya.

*Justitias judicare.*

A. A. C.

# YO, CONFERENCIANTE...

Humilde, silencioso y votivo, acuciado con poliedras visiones artísticas, ensoñando la realidad circundante, gozábame en el respiro del oxígeno intelectual, allí donde vuelan sobre mi cabeza las blancas palomas de mi ideal; allí, en el templo del Arte y de la Ciencia... Por eso, ante los que ofician en su estrado, elevaba mi hostia pura de creyente en la Naturaleza y en Dios. Poco importábame el que, con demasiada frecuencia, el sacerdote de la idea depuradora de la mente, creadora del progreso, alentadora del alma divina, resultase gárrulo, indeficiente y amorfo volitivamente. Mi propio fervor le ungía en su sitial.

Tal me sentía en el seno del Ateneo, percibiendo sus latidos y su pensar polivolitivo. Precedía mis pasos la curiosidad noble; esponjaba mi corazón el entusiasmo, la juventud; aureolábame el espíritu mis ansias de artista, mi amor a la vida, mi ánimo, mi fe... Un suave rocío del inmaterial ambiente caía en mi alma apasionada, cual si la Verdad me abriera sus brazos, como si las musas me ofrecieran sus dones, como si los dioses, con su sereno y dulce imperio, me empujasen, me impulsaran...

Una tarde...—y aludo a este hecho porque de él partió mi actuación—hube de aplaudir con sinceridad efusiva a un conferenciante... ¡Oh, cómo elevó su verbo a la dignidad de la Sala!... En seguida percibí su joven genio, que acarició mi mente como un hermano al que por primera vez se reconoce: era su numen pletórico en sentimiento hispanoamericano fraterno, nutrido de universal cultura, firme y audaz como el que va al encuentro del porvenir, y arrogante y majestuoso con el ritmo creador y la euritmia racial. Era un artista, era un intelectual, era un verdadero conferenciante... No era la suya una conferencia más, no era una conferencia de conferencias... Era la conferencia producto de su sólida revisión de valores, y, sobre todo, era la afirmación de un criterio amplio, asentado en la renovación de la vida, en la prosecución del ideal, en las normas, hechas carne con la pasión y la acción, de un desenvolvimiento vital creciente...

Y al terminar su disertación, no aguardé a que me le presentaran, le estreché la mano y en seguida nuestros pensamientos parecieron comunicarse; él me había, también, reconocido. Era su espíritu hermano, hermano del mío...

Y di por bien empleado, con sólo esto, las veces que escuché no más que palabras, palabras, palabras...

Aquella misma noche, a seguida de terminar su discurso ese aludido conferenciante selecto, subió al estrado otro que no sobrepasó los límites de lo dis-

creto... Y habló de Galdós, circunscrito a lo que de Madrid pintó en sus obras el inmortal novelista.

Pero mi espíritu, que seguía dialogando con aquel alto espíritu hermano, representábame en mi mente la figura de Galdós, solemne, agigantándose con las proporciones inconmensurables de su genio. Y yo sentía en mi cerebro una voz que, imperiosa, me gritaba: «Estudia bien a Galdós, al verdadero Galdós; a Galdós hay que observarle, para conocerle, desde el nivel humano más elevado. Así se le podrá admirar y amarle como se merece...»

Mi alma gozaba, embriagada con esa emoción estética que le transmitía mi espíritu, cabalgando en mis nobles fervores por poseer la Verdad, por conseguir los favores de las musas y el don de los dioses... Y entonces, súbitamente, sentíme iluminado, porque la voz que escuchaba en mi cerebro agitóme la lengua, llenó de luz mi mente, y, por un momento, percibí la influencia de lo sobrenatural, creyendo que el hálito del mismo espíritu galdosiano me decía también, abrazándose a mí: «Sí, hijo mío, me han ultrajado; y ahora me empequeñecen... Trata tú de conocerme; mira cómo soy; fíjate...; y luego, habla, hijo, habla de mí, poniéndote en mi caso y para tu propia gloria...»

Este segundo conferenciante de aquel día, lejos de satisfacer y acallar la voz de mi cerebro, excitóla a realizar lo que concebía, cuando lanzó una invitación a los que tuvieran algo que decir en honor de Galdós. Él leía la segunda conferencia, correspondiente

al ciclo galdosiano que había organizado; la primera, no sé aún quién la diera, ni, según todas las referencias, merece que los que la oyeran la recuerden: un piadoso silencio la sirve de mortaja.

Con tales precedentes, yo, henchido de humildad, pero respondiendo fervoroso, efusivo y arrogante a mi voz interior, que no cesaba, me ofrecí al organizador del mencionado ciclo, para dar la tercera conferencia. Y era mi propósito hacer una crítica, en esencia, de las críticas anteriores sobre Galdós; enfocar los distintos criterios en el sentido puramente galdosiano; sobre esta base, arremeter sinceramente contra los falsos y malintencionados juicios, y, en suma, hacer resaltar justamente, incluyendo sus naturales defectos, con la brevedad posible en la expresión de mis propias ideas sintéticas, y en la pintura y alegato, el Galdós que, a través de mi prisma, veía yo grande, inmortal, en cuerpo y alma.

Por eso yo ardía en entusiasmo; pero después que, generosamente, cediéronme turno en el Ateneo, tuve que romper y disolver hielo, montañas de hielo... que los recelos naturales que suscita todo novel, o el antagonismo, más la lucha entre los hombres, o, acaso, sólo la casualidad, interponían a mi paso... El precedente, además, de un señor joven que días antes había hecho clamorosamente el ridículo aludiendo, con metáforas necias e incongruentes a Cervantes, y que hubo de ser suspendido por la representación del Ateneo al comienzo de sus palabras... tenía mal predispuesto, también, el ambiente... Cuando algún ate-

neísta de luenga barba o algún joven engreído me examinaba, de pies a cabeza, con un gesto en el que yo leía: «Pero este mentecato, ¿qué nos querrá contar de Galdós?», no me indignaba ni sonreía; pero sí pensaba: «Preciso es ser bastante idiota para juzgar a uno por las botas rotas y por la corbata raída, o porque lleve el pantalón con rodilleras.»

Cuando faltaban doce días para el en que me señalaron turno, enteréme, por pura casualidad (pues ni me avisaron ni se pensaba en ello), que estaba cambiada la fecha, y que sólo disponía de tres días para preparar mi conferencia. Mi estupor y protesta no tuvieron límites, pues confiado en que tenía por delante sobrado tiempo, no había empezado siquiera mi trabajo. Sin embargo, pronto hube de recobrar mi habitual ánimo y serenidad al decirme: «¡Bah!, tiempo material para documentarme, tengo; inspiración necesaria para lo demás... no me falta.» Y en seguida operóse un cambio en mí, que alguien juzgó inespontáneo. Comencé a alegrarme, así, con júbilo, al tener tan próximo el día en que iba a hacer mis primeras armas ateneístas.

El organizador del ciclo, como tal y con autorizado asentimiento, había tomado con gran empeño el hacerme él la presentación (que a continuación se inserta), y en la cual, de una manera amplia y afectuosa, analiza en gran parte la insignificante personalidad literaria que me cabe en suerte; mi distinguido amigo (desde entonces) D. Guillermo Dendariena, a quien me complazco aquí en reiterar por ello mi profundo

agradecimiento. Mas no obstante esto, y el deber yo algún nombre a mis novelas, se me exigió dar a conocer mi conferencia anticipadamente, como, diligente y sin sentirme molesto, lo hice; y entonces, de repente, fuera porque gustó o por lo que quiera que sea, sentí a mi alrededor un brusco pero favorable cambio, como si me hubiese, por arte de magia (una magia que usted no ha tratado en sus libros, mi admirado y querido maestro Roso de Luna), trasladado del clima gélido al cálido, de uno a otro polo...; ahora sentía ya el calor que echaba yo de menos y que buscaba en el Ateneo, cuando los representantes de la Sección de Literatura hacían resaltar su legítima autoridad para presentarme ellos al auditorio, y disputaban insistentemente al Sr. Dendariena su derecho implícito a hacerlo. Mas por medio de mi intervención y ruego, éste realizó una misión que se tenía merecida. Y desde aquel mismo instante aumenta el fervor intelectual que me sugiere el Ateneo de Madrid, con mi agradecimiento a la Prensa y a los críticos que hicieron repercutir la conferencia que, generoso y rápidamente, inspiróme mi antiguo y profundo encariñamiento por el genio de Galdós.

Vaya, pues, a todos los que he mencionado, con mi cordial devoción, mi pleitesía intelectual y artística...

Antonio Alarcón Capilla.

**Presentación del escritor D. Antonio Alarcón Capilla al Ateneo de Madrid en la conferencia leída por aquél la tarde del día 13 de febrero de 1922, con el tema «Galdós y su obra», por el Sr. Dendariena.**

Señores:

La conferencia que vais a tener el gusto de escuchar, del Sr. Alarcón Capilla, es la tercera de las que corresponden al ciclo galdosiano. Organizada esta labor intelectual por unos cuantos entusiastas, nos honramos trayendo a este estrado a cuantos quieran colaborar generosamente en nuestra empresa.

No es menester encarecer la importancia de nuestra obra; todo el esfuerzo nuestro ha de tener una suprema recompensa, la otorgada por los hombres que amen con entusiasmo las producciones de Galdós, porque el comentarlas es, haciéndolo discretamente, realizar labor santa de espiritualidad y de grandeza: es hacer patria.

Alejáronse de este ciclo, de esta tarea nobilísima,

los que primeramente debieron venir a traernos en él las primicias y los frutos dorados de su fértil ingenio; es decir: todos los consagrados como maestros en el arte literario. Ellos sabrán por qué causa. Fuera inoportuno hacer ahora extenso comentario. Si hemos de ser sinceros, no vamos a ensalzarlos en nuestro juicio, y por eso más vale callar piadosamente. Dejémosles encerrados en sus respectivas torres de marfil, que hagan su labor, grande o chica, por España, y vengamos aquí los que no estamos consagrados; vengamos a demostrar que somos, sí, capaces para desarrollar una tarea por nuestra cuenta, sin *andadores* y sin que nos impulse ajena voluntad alguna. Ello será la mejor prueba de que la generación española actual puede salvarse por sí sola. Nuestra fuerza bastará para nuestra empresa, sin mezclarse con otras fuerzas extrañas, aunque sean viriles y recias como fuerzas curtidas en el rigor de la pelea cuando se ha triunfado.

Si hemos de ser conscientes, nuestros maestros tenemos que buscarlos entre los hombres que, como D. Benito Pérez Galdós, de todas las cosas de la vida sólo amaron la verdad, y de todos los bienes que esa vida les ofrecía a su paso sólo anhelaron el bien de las ideas.

Porque en tal maestría, nuestras almas han de

adentrarse como en un baño de purificación y en una consagración de castidad artística. Hemos de salir, al contacto con el genio clarividente, más grandes, más fuertes, más altos espiritualmente. El contacto con la obra de Galdós, al comentarla, nos devolverá esperanzas perdidas. Y al mismo tiempo hará que podamos sacudirnos la podredumbre, la miseria que viene de todas las cosas de ahora. Nosotros miramos siempre adelante, somos progresistas; pero llevamos dentro del alma un escudo para la lucha: la fe en lo bueno y en lo noble. Y no creo que para lograr esa fe podamos, salvo casos contados, elegir muchos modelos actuales. En Galdós, en cambio, sí; ya lo creo. Hay un modelo en él, tan grande, tan puro, que de no contar nosotros con todo el maravilloso imperio que a la juventud dan las energías de la recia voluntad, nos causaría temor la iniciativa propuesta de comentarlo.

Pero no tememos quedar en ridículo, al contrario. Sabemos que sus ideas serán amparadoras de nuestra juventud, como supremo baluarte en donde los hombres esforzados de corazón y serenos de espíritu se cobijan para defenderse contra las abyectas ruindades tejidas en el fragor de las luchas modernas; el baluarte de las ideas que, al conocerlas, cuando se sienten, suben más alta la voluntad, ponen más con-

suelo en el ánimo, y son para nuestras pobres frentes como caricias de aurora, como brisas refrescantes para calmar sus ardores, musas de la Verdad; invencibles como todo lo eterno, puras como todo lo artístico, amorosas y fecundas como todo lo bueno. Con ellas y por ellas seremos más fuertes, y moralmente seremos también más escogidos.

Todos los jóvenes de talento, por profunda convicción moral y por deber estricto de conciencia, han de amar la inmensa obra galdosiana, guía mental para el estudio de la Nación, del Pueblo y de la Historia.

La semilla arrojada al surco, en Arte florece pasado cierto tiempo; las ideas expresadas por Galdós en sus novelas y en sus dramas es ahora cuando deben dar fruto provechoso. La generación que sigue a aquella en que el genio tuvo vida mortal es la más autorizada para recoger todo el legado de su obra. El genio testa en ideas, como el rico en bienes materiales testa en cosas y en dinero. La herencia de Galdós nos toca a nosotros, a los hombres de la generación presente. Nosotros la recogeremos para administrarla cuidadosamente, no como el patrimonio de unos cuantos, pero sí como la carga obligada de un Pueblo todavía consciente y libre a pesar de sus decadencias; como legado inapreciable, como inapre-

ciable tesoro de engrandecimiento tal, que al abarcarlo con nuestra exigua potencialidad sea él el que a nosotros nos rija, no nosotros a él. Legado de ideas es como bien espiritual tan magnánimo que por él se comprende la verdad de las palabras que encabezan una obra literaria de un gran escritor español: *Los muertos mandan*. Mandan, sí. Mandan los muertos con el imperio ineludible, incontrastable, de sus altas ideas; mandan así los muertos de la talla mental de D. Benito Pérez Galdós. Ellos nos impondrán la norma de nuestro vivir cotidiano. Estamos obligados moralmente a una fiel obediencia a ese mandato; sigámosle rectamente. Obediencia en este caso es más que cortesía: es nobleza de corazón y exquisitez de alma. ¡Que las sombras augustas de nuestros mejores maestros guíen nuestros pasos en la vida literaria, y así será más fecunda nuestra tarea, y será también más consolada nuestra existencia!

Recojamos, por el bien de la patria, las ideas invictas de Galdós.

Alarcón Capilla, el artista que hoy va a tener el honor de dirigiros la palabra, no es un profano en el Arte. Ha escrito ya varias novelas y publicado muchos artículos. Presto conoceréis que digo verdad al afirmar concretamente que este joven literato tiene en su espíritu la savia fortalecedora de los grandes,

de los elegidos por las Musas para ser coronado con laureles de triunfo. Alarcón Capilla es de los que luchan y saben llegar. Artista forjado en el yunque de una vida de trabajo continuo en que nunca desmayó' para vencer sólo le hace falta una cosa: la acción del tiempo. Lo demás lo lleva en sí mismo.

Resaltan en este escritor la valentía de sus pensamientos y el firme y enérgico carácter de los hombres de recia voluntad; no sabe adular, no sabe pedir favores a nadie; pero sabe cómo se trabaja, y esto le basta.

Como norma característica de su modo de pensar, oid estas palabras suyas, escritas en el prólogo de su última novela, y que se titula *El encuentro de dos almas:* «La egolatría, enjuiciada por un entendimiento trivial, resulta mezquina, odiosa. Por el contrario, sentida por un espíritu sereno y noble, denota, no el amor a sí mismo, en la vulgar acepción de esta frase, sino reverencia y acatamiento al alma superior que nos eleva, a la parte sutil y divina de nuestro ser...»' y termina este párrafo admirable, que por su mucha extensión no cito aquí íntegramente, con aquellas divinas, profundas palabras del mago prodigioso en la lírica castellana, Rubén Darío, que son todo luz y excelsitud y poesía, cuando, cantando a la Verdad recóndita del sentimentalismo que hay en todas las

almas elegidas, nos dice: «¿Quién que Es, no es romántico?» Es decir, señores, digo yo ahora, ¿en qué alma en donde la Verdad se esconda, en qué espíritu que sienta su yo con la fuerza de lo que está por encima del medio y de la vida, no hay un romántico, no existe un enamorado de sí propio, un anhelante de concebir en sí algo como una romántica Divinidad, fundida a la gloria de Dios por influjo soberano del Arte?

Y sigue diciendo Alarcón Capilla, en el prólogo hermoso de su novela: «Por lo tanto, si llego a reunir los dotes y atributos por los que yo mismo pueda reconocerme buen novelista, en calidad que admiro en unos cuantos—muy pocos—, seré, sí, orgulloso, seré ególatra y seré romántico.»

Aquí, en estas palabras, está definida la personalidad literaria de Alarcón Capilla. Siente egolatría, amor de sí mismo, porque confía en sus fuerzas. Nadie que no esté seguro de su valer puede tener tal jactancia. Pero en Alarcón no es jactancia ni vana presunción. Es el Ideal, su Ideal que habla, que vive y palpita, que le hace declamar con entusiasmo, con íntimo amor a su obra; su obra, que él reputa modesta, pero llena de amor al Arte y a las ideas. Llega a nosotros con un bagaje de estudios, de pensamientos, de idealidades, como debe venirse al Ateneo. Viene

después de haber recibido, como confirmación obligada, la sanción del público, y como premio, otorgado en lid honrosa, el fallo favorable de la crítica; ¿qué mayores méritos podéis pedir para escuchar su palabra? ¿Qué mayor razón para conceder á su talento el honor de ocupar esta tribuna?

Las novelas de este joven literato os las recomiendo sinceramente. Tienen el sello de las corrientes modernas mundiales de la literatura, sin caer en las extravagancias exageradas de ciertas escuelas, no diré abominables, no me atrevo, pero sí digo equivocadas. El que verdaderamente vale no necesita de esas armas para vencer en la pelea. Por eso, su estilo es firme, severo, nunca presuntuoso, pero tampoco exento de galas y atavíos, que, dentro de la profundidad de las ideas y la claridad de los conceptos, son como vestido y ropaje literario que siempre agrada. Algo que ha menester la idea para cubrirse de belleza externa; primorosa belleza externa que nos hace aceptar con más gusto lo que hay dentro de ella.

Algún crítico comparó á Alarcón Capilla con otro excelso productor de Arte en la novela, que lleva su mismo apellido, con el autor de *El sombrero de tres picos,* y es, por cierto, muy acertada la comparación. En el estilo limpio y preciso de Alarcón Capilla existe la armonía plena de los que saben manejar la

pluma con tal arte y soberbia pulcritud que no la emplean para corromper el lenguaje sonoro de Castilla, *el alma mater* de la española lengua, sino que la usan para darle corrección con lo preciso, esmero con lo acabado, elegancia con lo bello, grandeza con lo supremo, afectación con lo vistoso, idealidad con lo poético; en suma: armonía severa, clásica, indestructible, que trae el espíritu de lo antiguo a la imaginación y el sabor de lo moderno al oído. Algo que es como la arquitectura de antiguas catedrales histó ricas, en donde la obra clásica perdura porque lleva en la superioridad de su construcción poder para el recuerdo de la tradición pasada y grandeza para el simbolismo de la realidad presente.

Alarcón Capilla es un lírico. Pero con el lirismo de los que tienen corazón sano, es decir, romántico, con el romanticismo no de escuela, sino de alma, de espíritu. Él nos dice en su última y acertada producción: «Yo poseo un riquísimo cendal, más sutil que el cristal mismo que filtra la luz; por este filtro mío pasa la vida, que, al iluminarse en mi cerebro, va presentándome sus inacabables matices...», y dice, refiriéndose a las pruebas galanas de su ingenio: «Esto es mío, existe en mí; sólo yo puedo darle vida con el pincel, o con el buril, o con la pluma; mas, si quiero, de un soplo lo destruyo. Con menos de un

soplo. Así. Dejando de pensar. Dejando de soñar...»

Poder que, como Alarcón expresa admirablemente, sólo reside en Dios y en el Poeta, porque es el maravilloso poder de Creación, capaz de hacer y deshacer a su antojo, ya en pensamientos profundos, ora en vuelos delicados de la fantasía, o bien en recónditos, íntimos, inacabables sueños de la mente generosa del artista.

Hay, para mí, dos clases de romanticismo: uno, el que fué romanticismo de los poetas y los escritores del siglo pasado; otro, el romanticismo que más que en la forma y en la exageración de las sentimentalidades del escritor o del poeta, es en las almas donde está grabado; en lo más profundo de las almas, porque no es sino la aspiración que sienten los elegidos, los que huyen de las bajezas del medio ambiente social, y desean ser mejores que cuantos le rodean. Este romanticismo jamás se acabará. El otro, sí; tuvo su época y murió con el fin de ella. Pero éste, que no es romanticismo de escuela, ni de época, ni de historia, vive siempre latente, porque todo lo puramente grande, todo ensueño bello del artista, es como un romance delicado. No será afectación, no será algo postizo, será ensueño condicionado por la realidad; pero el realismo de un artista moderno como Alarcón Capilla, no le priva de guiarse con alas del sen-

timiento para entregarse al delirio de sus sueños. Así, en este sentido, todo lírico es romántico. Y Alarcón Capilla, por ser un lírico, es también un romántico, a su modo y de cierta manera. Mas como vive en un siglo de plenas realidades y siente perfectamente las verdades del orden material que le rodea, es decir, lo que podríamos llamar verdades minúsculas de la vida, no le empece su lirismo para presentarnos en sus obras la exacta visión de cuanto existe, la realidad más o menos descarnada ante la vista y el juicio de sus muchos lectores, ni le privan los sueños de su imaginación para ser fiel copista de las cosas que pasan a su alrededor.

Por eso precisamente ha triunfado en cuantos pasos dió, y por eso pudo decir de él en justicia Alfonso Vidal y Planas, que había de ser un artista, un escritor de público, es decir, de aquellos cuyos libros y cuyos escritos se leen con agrado, y se comentan con deleite y se recuerdan con satisfacción. Porque tiene la justa medida de cómo se deben emplear en la novela, en el artículo periodístico y en el Arte, en general, todos los resortes adecuados para expresión de las ideas.

El estudio de Pérez Galdós, como el estudio de todos los maestros clásicos, ha de engrandecer aún más el estilo espiritual que Alarcón Capilla ostenta

como valor primordial de su alma de artista completo y verdadero. Este escritor, lo mismo que el que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra, siente por la magnificencia de la obra galdosiana entrañable cariño, y hablar de ella, es para él, como para mí, sacudir la fibra más emotiva de su temperamento refinado de artista, porque es de los discípulos que llevan arraigada en lo más hondo la enseñanza del maestro, corazones en donde la semilla al fructificar arranca sentimientos de íntimo placer como flores de un jardín de primavera. Por eso, al presentarse ante vosotros, no pudo haber elegido mejor tema. Ni yo, para quien la empresa de este ciclo y de la velada necrológica en honor de Pérez Galdós tanto tesón representa, sabré tampoco cómo agradecerle la amabilidad y el deseo que lo traen a identificarse con mi tarea.

Exprésole ahora, desde aquí, toda la sincera gratitud que puede caber en un hombre bien nacido como prenda asequible de mi devoto agradecimiento. En Arte hay una hermandad espiritual, y los lazos de ella téjenla las ocasiones como la presente, en donde aislados de otros muchos que viven enfrascados en sus caciquismos estériles o en su pequeñez, acometemos unos pocos esta labor desinteresada, labrando esto que es como tierra dura, que no ha de darnos

frutos de pan, sino las íntimas satisfacciones morales por el deber cumplido.

Alarcón Capilla viene a dejar oír en la tarde de hoy sus palabras, fortalecido una vez más en su vida de luchador cotidiano con la legítima esperanza de que ha de vencer. ¿Por qué razón? Por dos, a cual más poderosas: porque lleva consigo la firme convicción de su honradez artística, y porque va con él, en la idealidad de sus puros entusiasmos, como protectora inseparable que no le abandona ni le deja, la sombra de Galdós, la figura del patriarca, la efigie moral del maestro, que alienta y vivifica a los que, convencidos de su valer altísimo, anhelan presentarlo una y otra vez ante el público del Ateneo, ante la Crítica y ante todos, en fin, como semblanza de admiración universal, como espejo de grandes ciudadanos, como blasón de la raza; amparo de los buenos, aliento para los débiles, guía para los jóvenes y maestro para los estudiosos, manantial perenne de ideas, fuente de eternidades artísticas, porque en él va marcada la senda de lo que no se acaba y por él es eterno el pensamiento, como no lo es nada, como no pueden serlo los sentimientos de sectarismo o de rencor que se oponen a su paso.

Debemos, los que empezamos a escribir, ser siempre originales; es cierto. Aun más: estamos obligados

a ser independientes desde el mero punto de vista artístico; pero si a los que empiezan el camino lento, azaroso, de sus andanzas literarias, es permitido apoyarse en algo anterior a ellos, que sea en las altas, en las firmes columnas del templo de la raza. Y Galdós es de los más fuertes sostenes de ese templo. De piedra firme, maciza, dura, es el templo en donde España guarda sus colosales tradiciones de Arte. Los siglos fueron en su correr agitado hacia lo eterno, albergando en él, depositando en sus anchas naves, todo lo elevado, lo supremo, de la vida espiritual española. Y son columnas poderosas, de cimientos indestructibles, los hombres como Galdós, como Calderón, como Lope de Vega, como Cervantes, como Castelar, como Echegaray y como tantos otros, en fin, amor del Pueblo y envidia del Mundo. Podrá discutirse a otros muchos. Para éstos no hay discusión posible. Si los negamos, negamos a la Patria; si osamos destruir esas columnas del alto templo, que son como a su vez imágenes del altar para el creyente español, ellas nos aplastarían al caer por su propio peso, y acabarían con nosotros y con el único jirón de gloria que nos resta para presentarnos dignamente ante el conjunto de los pueblos civilizados. Son nuestro orgullo, nuestra soberbia, nuestro galardón más preciado.

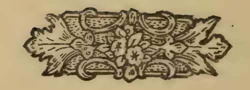
Oigamos con respeto, aunque no fuere más que por esto, las palabras que aquí pronuncie hoy el inspirado escritor Alarcón Capilla.

Va a hablaros un autor aun no de todos conocido, un escritor no consagrado por toda la opinión intelectual española; pero a través de sus palabras, veréis pasar la figura gigantesca del hombre bueno y sabio, del inmortal Pérez Galdós, que no se impurificará ni ha de empequeñecerse, seguramente, ante el comentario que de él va a realizar la juventud, sino que, al contrario, por él ha de salir también rejuvenecida su figura; si es que cabe rejuvenecimiento en aquello que, por ser eterno, no tiene madurez ni juventud posible, porque es constantemente nuevo y tiene en sí la verdadera juventud, la juventud de lo que no se acaba, la belleza de lo que es siempre aurora y nunca atardecer ni crepúsculo, porque es todo luz, y en esa luz está la Vida.

Segura es, por tanto, la victoria de esta lucha, y seguro el triunfo, y el buen resultado de estas conferencias por nada ha de malograrse. Porque nos ampara y nos defiende esa efigie, esa sombra augusta, uniendo sus ideas à las nuestras, su obra inmortal a nuestras obras pequeñas; enlazando su Genio con nuestra pobreza, confundiendo su valer con nuestra misérrima pequeñez, prohijando nuestra limitación

intelectual que a él se identifica para recibir su savia, como la yedra se adhiere al tronco, como la tierra recibe al sol, como se asocia el espíritu a la eternidad de las ideas.

HE DICHO



# GALDÓS Y SU OBRA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Agradezco mucho a este ilustre Ateneo el honor que me dispensa incluyéndome en la lista de sus conferenciantes. Y también doy las gracias a don Guillermo Dendariena, entusiasta iniciador del ciclo de conferencias sobre Galdós, por su generosa invitación, a que me acojo, para con mi devoción al inmortal novelista, a falta de otros méritos, sumarme a su noble iniciativa, y por la afectuosa presentación que acaba de hacerme.

Mi satisfacción al ocupar esta tribuna, es tanto mayor cuanto con más relieve elevo en mi mente la alta misión en la esfera intelectual y artística de este Ateneo.

Del viejo, que estuvo instalado en la calle de la Montera, dijo Galdós, que en la época del año 68, siendo presidente Figuerola, esta Sociedad fué para la Revolución española lo que había sido la Enciclopedia para la Revolución francesa. Después, bajo las

presidencias de Olózaga, Posada Herrera y Cánovas del Castillo, el Ateneo continuó siendo la vanguardia de la cultura nacional. Y en nuestra época, yo creo que sigue haciendo honor a su brillante historia en todos los aspectos que se relacionan, que se entrelazan, que se concatenan, que emergen de la vida material y espiritual de España.

La Ciencia y el Arte, esas diosas y ariscas hermanas, aquí tienen su templo, que no ampara ni rehuye fanáticos, que no busca prosélitos. La Ciencia corre tras el conocimiento de las cosas, con amor a su madre la Naturaleza, y el Arte es dichoso si puede sentir y dar expresión plástica a ésta, y vive ilusionado para hacer encarnar alguna partícula de su espíritu, que vuela en la región donde a veces relampaguean los misterios de Dios. En esta casa, repito, no caben límites, dentro de lo racional y de lo normal. *El non plus ultra* de la inteligencia aquí tiene su asiento.

La escuela más avanzada en Arte, que trae aires nuevos, henchida su euritmia de oxígeno puro; que lleva en su frente el trazo terso y magnífico de la rebeldía y de la juventud; que aspira a forjar definitivamente en el yunque de sus voliciones el troquel nuevo donde depositar la riqueza de su genio; ese núcleo revolucionario de la forma y la expresión, que merece más admiración que simpatía, acaso porque

hasta ahora su original acometida no ha logrado penetrar la sensibilidad y comprensión general; los órganos superiores, en fin, de ese grupo innovador, que al principio sirviera de mofa, aquí preponderan entre los de su categoría jerárquica.

De la esfera especulativa pasemos a la esfera de acción. Es como cruzar de la cabeza al cuerpo. ¡Qué cosa más lógica, más natural y qué diferente! Sentimos palpitar el corazón de España, con sus problemas económicos, de producción y los conflictos sociales.

No ha mucho, en los momentos más acentuados de la encarnizada lucha que recorre de punta a cabo todo el campo político, cerradas de golpe las Cortes, amordazada la Prensa y perseguida toda reunión y manifestación públicas, sólo aquí, en estas naves, se elevó resonante, con el ímpetu del verbo bélico, el eco viril de cívicas protestas en defensa de la Justicia y la Constitución.

Como veis, yo vengo lleno de entusiasmo y de fe en la conciencia liberal y ética que es galardón de esta casa. He de ser, pues, sincero; he de ser espontáneo, como generosa y rápida ha sido la decisión que me trae aquí, sin más preparación que mi admiración verdadera por Galdós. Por eso he empezado pintando, aunque muy ligeramente, un marco hu-

mano, patriótico, universal y divino donde adecuadamente quepa y encaje la espiritual silueta que voy a trazar de Galdós y su obra.

Si percibimos la emoción que engendró la fiebre creadora de Galdós; si recibimos su belleza y su luz, sentimos crecer nuestra alma; y esto es lo que más importa. Que la llama de la vida espiritual prenda, que el fuego santo y fecundo de los altos ideales se propague y sea antorcha que nos guíe y nos dé energías en la lucha por la existencia y por el engrandecimiento de la Humanidad. Para comprender a Galdós, la inteligencia debe dominar a la materia, e inspirándose en ésta, desplegar sus alas espirituales que van a perderse en el infinito. Conociendo a Galdós, recobramos nuestro equilibrio espiritual y material; sentímonos más dueños de nosotros mismos; nuestro *yo* toma prudentemente y con gozo posesión del palacio de nuestro ser. El dueño y señor de este complicado y encantado palacio ambulante debe ser siempre el espíritu, que tiene un despacho provisto de todos los medios de sensibilidad y percepción naturales: el cerebro. La reina y señora y dueña del espíritu es... el alma, que, como tal dama, cultiva, solícita, sus relaciones con las demás almas que su simpatía y penetración hacen confluir con la suya; las aloja en su palacio, y, galantemente, devuelve sus

visitas, enseñoreándose del espíritu, su criado y señor, que lleva del brazo. Nuestro cuerpo es un mundo físico abreviado. No hay componentes en el reino animal, mineral y vegetal que no exista en nosotros. La buena armonía entre el alma y el espíritu, compenetrados, conociendo y sintiendo este palacio síntesis del Cosmos, que habitan y dirigen, completan la criatura hecha a semejanza de Dios. Evidentemente lo es. Según Empédocles, Dios es el amor, porque sólo él es unidad. Los sabios indios concibieron a Dios engendrando por amor. «¡Si yo fuera muchos!»—dijo Dios—; y con el poder de su ardor intelectual, fecundado por el amor, hizo el mundo. No podía reproducirse, puesto que es único, es el *Todo;* sólo pudo reunir su esencia en una pequeña criatura, que creó por amor a sí mismo; y debido a ese amor total en que se resumió, se le escapó su secreto, al dar forma maravillosa al hombre con un soplo de su divino espíritu, y regalándole la belleza con un beso del Alma eterna. Dios puede, por tanto, sentirse infinito y grande en lo pequeño; y el hombre puede saberse pequeño, cada vez más pequeño, mientras más pasos dé el espíritu y el alma hacia su procedencia; mientras más claramente contemple a lo grande, a lo infinito, a Dios...

Así me figuro desenvolverse el espíritu de Galdós,

recogido en su deseo de dominar su organismo, de acoplarse y sustanciarse con él; así deduzco la existencia de su gran alma, contenta en su palacio terreno y pródiga fuera de él...

He aquí que llega Galdós... No habla, escucha; no odia, ama; no alardea fútilmente, siente... Su alma, que conoce, en lo que cabe en el hombre, a Dios, le hace ser modesto. Su espíritu, que reina en su naturaleza, por amor a su alma, se siente ambicioso; y entonces Galdós empieza a hacerse grande...

Recordadle. Vive anonadado, ensimismado; se aisla por unirse a sí mismo, por fusionar su espíritu (alma racional) con su naturaleza, y emparejarlos con su alma universal que es esencia del Criador. Aquí está la raíz y la causa del carácter humilde, evangélico, de Galdós, que, como persona, es un modelo de santidad. Hubiese podido ser Papa en merecimiento a su semblante paternal, que denotaba en su persona comprenderlo todo, y, por tanto, perdonarlo todo y amarlo todo...; por su figura de robusto abuelo, manso, pausado, dulce; su cuerpo doblegándose ante el Tiempo implacable en su designio de hacer y rehacer vidas, mientras que en su inmensa frente lucían los destellos de una región inefable y sin medida, de una vida presente e ignota que no puede acabarse, porque es ella causa y es fin...: y así sonreía a su vejez,

y al dolor, y a la ceguera, y a la muerte misma... Por su conducta pura y noble, hubiese podido ser un Supremo Jerarca de virtudes: un Papa simbólico, claro, y artista.

Lo principal y la mayor parte de la historia personal de Galdós está en sus libros: en ellos están sus ideales, en ellos èstán sus trabajos, sus interiores luchas, sus secretos pensamientos y su fantasía.

Para que lo practicara Galdós, parece que fué dicho por quien tenía autoridad para ello: «Mas yo os digo que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio.»

Pero en su conciencia sí que hablaba Galdós; hablaba su espíritu, aturdido frecuentemente con los encontrados diálogos de tantas almas como su alma le presentaba. Su corazón se cansaba de latir con tantos corazones; sus nervios se fatigaban de vibrar a compás de los centenares de vidas que repercutían en su organismo, y éste se rendía al estrépito de tantas ideas y tantas pasiones rebuyendo en su ser. ¡Más de quinientos tipos, más de quinientos héroes y miles de almas le llevó su alma, apenas abrió las páginas de la Historia, cuando estudió y observó a su Nación! Así, Galdós, recibió y acompañó a todos, asistió a sus luchas, sufrió y sintió con ellos, con ellos vivió... ¡Y creían los superficiales que Galdós no vivía

con ardor! Pues vivía, no sólo una vida, no sólo su vida, vivía las vidas de todos los que daban vida a España. Era el alma nacional, como le llamó Benavente. Y yo digo que era aún más que alma: era también cuerpo, era también sangre y cerebro, nervios y corazón, al hacer de la historia seca, fría, la obra palpitante, en la que adquiere fisonomía, voz y espíritu un siglo: la epopeya de su tiempo.

Fué recibido y aclamado Galdós como novelista épico, como un genio de la raza, que brotaba del seno de su patria en su fecundante suma de luchas, de energías e ideales para formar conciencia de sí misma.

Galdós trabajó y vivió para su arte; no es de los artistas que primero viven y reproducen después su vida con el control de las Musas. Galdós no empezó a vivir verdaderamente—vivir, que es poner en actividad viril el cuerpo y el alma—hasta que empezó a dar al mundo los hijos de su espíritu.

Desde niño mostró su innata vocación de artista. Fué en sus primeros años de constitución endeble. Luego adquirió vigor y energías envidiables. Empieza dibujando, y demuestra grandes aptitudes para ello. El puerto, los árboles, un castillo, las nubes, el color, la luz... Todo esto, al pasar por su retina, queda grabado en el prisma de su alma, que lo reduce en proporción de la receptiva capacidad humana.

Y... permitidme una disquisición anecdótica, pero congruente con este aspecto especial a que he llegado en mi disertación.

Hay en el reino animal, como todos conocéis, un insecto, de la familia de los ápidos, orden de los himenópteros, que lame el néctar de las flores; lo recoge en el estómago, y al volver a la colmena, lo vomita, depositándolo en celdas; el producto elaborado en tan sencilla operación, no es puramente el néctar de las flores condensado por la evaporación del agua, sino producto especial de las abejas, que, por un proceso químico *sui géneris* en la cavidad gástrica, se convierte en... miel.

Pues todo artista será estimable de veras si transforma tan originalmente como la abeja las sustancias básicas con que forma su obra. Y no se crea que pierde mucho con la comparación. Este animal es maestro en disciplina y en organización. Sus sociedades están compuestas de tres clases de individuos: de una hembra, única perfecta (reina), cuyo único deber en ella es poner huevos; de 600 a 1.000 zánganos, de los cuales uno solamente tiene tratos con la reina, y de 15.000 a 30.000 hembras no desarrolladas ni perfectas, que tienen obligación de fabricar con cera y fortificar con propóleos la habitación del falansterio; alimentar a la reina y a los zán-

ganos, con miel y polen, casi digeridos por ellas; criar como inteligentes nodrizas la descendencia de la reina; llevar las provisiones y... defender la colmena de los ataques enemigos, pues ni para eso sirven los zánganos, porque carecen de aguijón. Lo malo para ellos es que, a los dos o tres meses, las abejas obreras, no sirviéndoles para nada, deciden, y así lo hacen, exterminarlos en una matanza general. Ya veis cómo estos insectos pueden darnos lecciones en procedimientos de arte y en decoro público. No los honro al ocuparme de ellos, pues ya sirvieron sus costumbres de asunto poético a Virgilio; figuran en el *Quijote*, y se ocuparon mucho de ellos desde Aristóteles hasta Hübner y Lubbock en lo Moderno. Creo que es justo dedicar un recuerdo a los que todos los días nos endulzan los labios. Según dice Plinio, Aristomaco se consagró exclusivamente a estudiar a las abejas durante cincuenta y ocho años, y Filisco pasó toda su vida en los bosques aprendiendo las costumbres de estos insectos, que en la mitología védica tienen su representación: como elaboradora y conductora de la miel, representa a la luna, y como chupadora de miel, al sol. El papa Urbano VIII llevaba abejas en sus armas; un día apareció debajo de éstas un verso en latín que decía: «Mieles darán a los galos; en los hispanos clavarán sus aguijones.»

Un español que supo leerlo, exclamó: «Si clavan sus aguijones morirán las abejas.» Contestó el Papa dándole cumplida satisfacción, con este dístico: «A todos mieles darán, y en nadie clavarán su aguijón; que el príncipe de las abejas no sabe herir con aguijón.»

Es verdad; no sabe herir con su propio aguijón; pero a veces, mientras más melosos son o aparentan serlo, más hieren...

Pero nuestro Galdós—y esto hay que celebrarlo—tenía muy fuertes aguijones que su espíritu clavaba en la mente de sus enemigos, de los que elaboraban hiel, para amargar o quitarle su miel.

Galdós, pues, artista por naturaleza, no copiaba servilmente a ésta. La Naturaleza, en conjunto, es una obra de arte, pero inconmensurable, infinita, como obra de Dios. No nos es dado contemplarla en su totalidad, si no es a través del artista, que nos la presenta en síntesis y la reduce a nuestra limitada capacidad de comprensión y percepción.

En la exposición provincial de Canarias obtuvo Galdós mención honorífica por sus cuadros *La Magdalena;* un *Boceto Histórico*, al lápiz, y *Una Alquería*, al óleo. Las ilustraciones que aparecen sin firma en la edición ilustrada de los *Episodios* son suyas. Aunque destruyó la mayor parte de los originales de sus

dibujos, se conservan tres álbumes llenos de dibujos de Galdós: uno en Las Palmas y dos en Madrid. Cultivó también la música, siendo ferviente apasionado de Beethoven.

En el Instituto fué aplicado, comprendiendo pronto todas las materias, científicas y artísticas, condición inherente y base de todo gran escritor. En 1863 vino a Madrid, y aquí estudió la carrera de Derecho; pero «de mala gana», decía él. Pronto comenzó a revelarse en su carácter la vocación del novelista. Era el tiempo de su iniciación y elección, durante el cual se le ocurrían «cosas muy raras», que no explicó. Escribió ensayos teatrales que juzgó después eran malos, alegrándose de no haber logrado llevar ninguno a escena. Cultivó asiduamente el periodismo hasta que escribió, en el año 67, *La Fontana de Oro,* con tendencia revolucionaria, definiéndose ya su personalidad de novelista, género el más moderno y apto para moldear con toda expresión de lugar, acción y tiempo, y forma, sentimiento y color, la historia patria y la de las sociedades y la de los individuos; en la novela se pinta, se dice, se piensa; pero también se hace, se ve, se vive.

La valentía de espíritu y la independencia de corazón de Galdós se evidencian en su primera obra, en la que se muestra revolucionario y antitradiciona-

lista; dos cosas antitéticas con su ascendiente genealógico, que descubre su inconsciente y profunda inclinación a extirpar en la zona de sus recuerdos algún morbo de índole moral; sentimiento mezquino y arcaico que pugna con su nueva vida, generosa, abierta al influjo de todos los horizontes y al libre albedrío de su fuerte espíritu y de su alma nómada...

Anotemos ya que su familia materna procedía de Azpeitia, la tierra del tradicionalismo, y que su abuelo materno, D. Domingo Galdós y Alcorta, en los últimos años del siglo XVIII, fué destinado a Las Palmas con cargo de secretario de la Inquisición.

Esta lucha interior entre su pasado y su presente, igualmente arraigados en Galdós, le tuvo cerca de cuatro años atortolado, indeciso, desanimado y triste, no siendo—declaró él—exclusivamente literarias las causas de esta situación de espíritu.

Era en aquel tiempo punto fijo en el Ateneo viejo; pero apenas si hablaba con dos o tres personas.

Entabló cordial amistad con Pereda, el hombre que encarnaba la tradición en su sentido puro, en su valor fecundante del nervio de la raza. Y a mediados del 72—refirió Galdós—vuelve a la vida y se encuentra con que, sin saber por qué ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas breves y amenas. Como una obsesión brotó de sus labios, al dar nom-

bre al primer tomo de la primera serie de los *Episodios*, la palabra *Trafalgar;* en los que Galdós se puso de parte del partido del pueblo, de los frailes y de la fe...

Espíritus sutiles quieren ver en este compenetramiento absoluto del espíritu, del corazón y del alma de Galdós con el ambiente tradicional, que le empujaba y que le envolvía, la influencia de su simpatía por Pereda. Acaso haya algo de eso. Pero yo pienso que no es ese el sentido de la primera explosión gigantesca del genio de Galdós. Yo creo que Galdós no pensó un instante en satisfacer los gustos del gran Pereda, sino que Galdós arrancó de sí mismo los diez volúmenes de la primera serie de sus *Episodios;* que Galdós se sometió al épico poeta que llevaba dentro, desarrollado, completo, con ojos, con vida propia, pugnando por salir al mundo; que Galdós tuvo que echarle fuera, porque le ahogaba. Que los hijos del cerebro brincan y gritan y rompen las entrañas, si no se les saca a la vida, como la mujer concibe y pone en la gestación de su hijo todos sus nervios, su sangre y su voluntad, y se entrega al parto aunque la criatura sea distinta a la madre, aunque sea un monstruo.

En arte, el espíritu fecundiza, la materia nutre y diviniza el alma. La persona en que la obra de arte

adquiere vida propia, no vive, no le deja vivir su creación sazonada dentro de su ser, sino la lanza fuera de sí.

«El genio es una gran paciencia»—dijo Bacon—. Y eso fué Galdós, viviendo, además, *sub specie aeternitatis,* como quería Espinosa. Joly escribió: «el hombre de genio se preocupa más en hacer que en preguntarse cómo hace.» Y eso hizo Galdós arrojándose al corazón de la flamígera tragedia y palpitando con su patria, a la que arrebataba de sus entrañas la cantera viva para labrar la grandiosa estatua de su nación en el siglo XIX.

Mientras más se analice, más crece y se hace plástica la figura de Galdós, con las proporciones grandiosas y los contornos magníficos del genio.

Según Rigault, el Arte es el hombre sumado con la Naturaleza. Esto era Galdós cuando escribió la primera serie de los *Episodios.* Taine dijo: «La Naturaleza desparrama la belleza; el Arte la concentra.» Esto hizo Galdós siempre.

Mas Galdós no debía parar aquí, porque era un genio en progresión ascendente, activo, y, aun en gran parte, inédito.

El genio es la suma potencia de una época, de una nación, de una raza o de la Humanidad. Genios de la humanidad pueden llamarse a un Cervantes, a un

Shakespeare, a un Dante... Las fronteras que éstos marcaron no las ha traspasado ningún otro; a no ser un Cristo, un Buda; pero éstos son fundadores de religiones universales; éstos son más que hombres, más que genios: llevan el dictado de dioses.

El genio de Galdós, desenvolviéndose en un organismo cuyo carácter modela su peculiar temperamento; reaccionando su espíritu al contacto de la humanidad que abarca y de que es síntesis, con frecuencia ha de adelantarse al progreso de ésta, o tratará de imprimir en ella su genial visión de una organización más acabada, de un porvenir más brillante, o tiende a precipitar el estado fanático y caótico de su pueblo a una era de progreso y de paz.

Así, Galdós, genial pintor que encarnó el pueblo, el clero, la fe y la tradición, se levanta ahora con aquel mismo ímpetu a encarnar su ideal en el sentido de Toussenel; y coincidiendo en su trayectoria con la definición que formuló Lamennais, diciendo: «Que el Arte es para el hombre lo que para Dios el poder creador.»

Es evidente, pues, que para Galdós, como para todo verdadero genio, el arte por el arte, es una frase simple, vana, sin contenido virtual, propia para que encuentren sabor en ella los que están hueros de corazón y de cerebro.

La segunda serie de los *Episodios* resalta de la primera por su tendencia revolucionaria, antitradicionalista y algo anticatólica. Salvador Monsalud encarna el liberalismo en oposición a Carlos Garrote, caricatura del tradicionalismo clerical que tanto combatió Galdós. La contraposición de estos dos caracteres desenvolviéndose entre el librepensamiento, hijo de la Revolución francesa, y el jesuitismo, hijo de la creación del Tribunal del Santo Oficio, se repiten y se continúan, desde la segunda parte de los *Episodios* hasta *Electra*, incluyendo *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, etc.

Los primeros *Episodios* representan, completamente, lo épico; e impera, en los sucesivos, el sentido crítico; y todos, en junto, constituyen la obra ingente, incólume y nacional, en sus tiempos más intensos; sobre la cual pasará Galdós cada día más indiscutiblemente encumbrado en el pináculo de las glorias patrias. Opina Altamira que Galdós será clásico; por tanto, eterno. Como a Cervantes, los siglos harán más justicia a Galdós, que le hacen sus contemporáneos. ¿Cuándo, cuándo pueden borrarse de la conciencia nacional los héroes de la Independencia, que dejaron de ser abstracciones desligadas de la realidad que los engendró, para adquirir ambiente y vida en el pueblo por el que inmolaron sus existencias?

El encadenamiento que sigue de los *Episodios* a las novelas contemporáneas, es lógico como el correr de la vida. Mas surge un grupo de obras influídas por mitad de la atmósfera revolucionaria de entonces y del estado del alma de Galdós, caldeada en ese ambiente. Creadas en la lucha, sirvieron para encenderla, y a este respecto, Galdós dice, refiriéndose a *Gloria* y a *La familia de León Roch:* «No fueron juzgadas en cuanto a su valor artístico; fueron exaltadas y escarnecidas con igual furor y encarnizamiento por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que ambos libros eran trasunto.»

Reprochar a Galdós sus ideas demoledoras del clericalismo y su exaltación liberal, equivale casi a atar al esclavo para que se deje arrastrar del tirano.

La persona del autor de *El amigo Manso* resplandece por su estoicismo y por su pureza. Séneca enseñó que de prudentes es vivir como si se estuviera en público. Galdós practicó esa sabia sentencia en un solo sentido. A la mayoría de nuestros políticos, por ejemplo, que viven casi en público, parece hacerles poca mella en sus conciencias el conocer el concepto que el público forma de ellos, cada vez que hacen públicamente lo que todo hombre de dignidad y pudor no haría en secreto... No; hay que ahondar más en el sentido ético, como en el religioso, de que en

seguida hablaremos. Hay que vivir como Galdós, con pureza y sencillez no afectadas, no fingidas. En privado, sentía la conciencia pública. Pulsábala, la analizaba, y siendo él el espejo de esa conciencia, aunque muchas veces notara sobre su rostro el vaho de la corrupción, permanecía limpio y claro ante sí mismo. ¿Qué mejor testigo y qué mayor satisfacción podía tener que la de su íntima y libérrima aprobación?

Galdós supo ser noble en todo, partiendo de la modestia legítima y de la sabia humildad; por eso mereció el favor de las Musas y tuvo entrada en la mansión de los dioses de la Tierra. Se ennobleció por el Arte, como Platón por la filosofía, el cual dijo: «No hay rey que no descienda de un esclavo, ni esclavo que no descienda de reyes.»

Galdós comprendió que debía y podía engrandecerse por sí mismo, y así hizo realidad, por su parte, de aquella otra máxima de Séneca: «Nadie ha vivido para honrarnos a nosotros, y lo que antes de nosotros se hizo, no nos pertenece.»

Galdós fué a Baias, la mansión de los vicios, sólo a observar; pero no a mancharse en su cieno. Así, no pudo sucumbir como Aníbal, que venció con las armas y fué derrotado por los vicios. Este gran hombre a quien no domaron las nieves ni los picos de los Alpes, fué derrotado por las delicias de Capua.

Aprendamos a ser fuertes en verdad. Si somos tan delicados que en seguida cedemos al placer, nos entregaremos pronto también al dolor.

Debemos hacer de nuestra vida algo sagrado para nosotros mismos; lo demás llegará como lógica e inmutable consecuencia.

El placer y el dolor se engendran, a su voluntad, en la mente del artista, sirviéndole para mejor conocer y sentir a la Humanidad, sin que ello merme, especialmente, la integridad de su salud.

Con esto, no quiero decir que el artista no sienta con mayor intensidad que los seres vulgares el incentivo amoroso y el propiamente genésico, que causa verdadero placer y verdadero dolor. El artista tiene, como primer móvil, el de crear, inspirándose en la Naturaleza e interpretando a Dios. En el hombre poco dotado de estos espirituales atributos, es el instinto el que, principalmente, le impele a reproducirse con el imperativo del genio de la especie que analizó Schopenhauer. En el artista también surge ese instinto, esa satisfacción material; pero si a ello se suma lo que el filósofo llama la preexistencia de la conciencia en los gérmenes, esos millones de conciencias obscuras que desean despertar a la vida, entonces unido el combustible físico a la llama del espíritu que gravita en el organismo y alentado todo por el alma,

que se torna voluptuosa al dilatarse en sí misma, porque es unidad, porque es de Dios... entonces, repito, se forman esas pasionales hogueras, frecuentes en los artistas como los Larra, los Bécquer, los Espronceda, los Byron, los Dante, los Petrarca, los Goethe, y en las que se consumen los infelices que no consiguen emparejar con los ídolos femeninos que encendieron sus grandes amores.

Del propio modo que el dolor y el placer, la perversidad puede también engendrarse en la mente creadora. Galdós no era avaro; pues bien: su trilogía de *Torquemada en la Cruz*, *en el Purgatorio y Torquemada y San Pedro,* fué denominada por Menéndez y Pelayo de «espantable anatomía de la avaricia».

He ahí que la moral en arte no hay que predicarla, sino hacerla desear. Entonces, el espectador o el lector, al buscarla en sí mismo, la practicará, haciéndolo de manera cierta y tranquila, porque sabe y nota a medida que avanza en ese deseo, que va de la obscuridad a la luz, del mal al bien, del abismo a la cumbre. De tal modo, su estímulo es duradero, su esfuerzo eficaz y su trabajo fecundo. Se engalana con la serenidad y firmeza que son producto de la contemplación muda y solemne de los acontecimientos que nos conciernen y de nuestros pensamientos en su gestación.

Hay en el científico y en el artista un a modo de loco entusiasmo, primero, al concebir su obra o al realizar algún descubrimiento; síguele un sosiego reconcentrado y fogoso que parece misticismo hacia la creación espiritual mientras ésta se forma; mas al sentirla con madurez y vida, les acomete súbito la fiebre del parto...

Hasta tanto no formemos idea de lo que deseamos realizar, no debemos comenzar su ejecución. ¿Queremos saber más para ensalzar la primacía de la representación mental sobre lo que ha de hacerse, que creer, con San Juan, que en el principio fué el Verbo? Y con el Verbo, claro, principió la Acción.

Por eso yo sonrío cuando algún exégeta de la sociedad, cuando algún puritano de la religión me dice que la obra de Galdós es demoledora, que su espíritu es revolucionario y que era artista sectario...

¿Sectario Galdós? ¿Cómo podía serlo si cultivó todas las tendencias estéticas de Europa, conoció todas las ideas y sintió todas las religiones?... Sectarios serían los radicales fanáticos y los obscurantistas que exhibió en sus libros; pero él, no. Galdós poseía un alma tan grande, que se las asimiló y emparejó con miles de almas. Su sensibilidad era tan transparente y varia, que fué como un cedazo magnífico por donde filtraba las pasiones y los caracteres ajenos.

Pero el cedazo queda allí, siendo siempre cedazo, con sus propiedades, inderrocable. ¿A qué pretender confundirle con los elementos que a través de él pasaron?

Galdós no es arroyuelo, no es el río, no es el manantial, no es la corriente, no es la lluvia... Galdós es el mar, en el que confluyen todas las aguas, y después las ofrece con la sal fecundante y purificadora de donde puede surtirse un Continente.

Don Benito no procedía por saltos; pocas veces era improvisador, con ser tan poderosísima su imaginación. Fué, sobre todo, contemplativo y observador.

Pero capitán general de la revolución santa de las conciencias sí fué su genio. Porque Galdós, como Cristo, no vino a traer paz, sino espada. Cristo trajo la espada de Dios, y con ella, divinamente, esgrimió el látigo con el que echó a los mercaderes del templo; con ella fustigó a los publicanos, desmintió a los gentiles, maldijo a los escribas y fariseos y a los obradores de maldad; con ella fundó la nueva Era y señaló a los hombres la mansión eterna en el cielo...

Galdós trajo la espada del hombre; la de la inteligencia; la de la razón; la de la justicia; la espada de la libertad; la espada del arte...

Cristo, hijo de Dios, dijo que nos amáramos los unos a los otros.

Galdós, humano, teniendo a Cristo por Dios, enseña a los hombres a conocerse, para que puedan amarse...

He aquí que al genio de Galdós poco pueden mermar las gruesas críticas del gran polígrafo Menéndez y Pelayo. ¿Qué había de decir el eminente ortodoxo y un mucho clerical en su *Historia de los heterodoxos españoles?* El mismo Menéndez y Pelayo lo explica, después, contestando al discurso de Galdós el día del ingreso de éste en la Academia de la Lengua: «Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es mi juicio literario sobre Galdós, sino la reprobación de su tendencia.»

No hace muchos días (creo que en el *A B C* de 3 del corriente), *Azorín* hace notar un juicio demasiado indeficiente, desprovisto de toda esencial crítica, acerca de la *República literaria*, hecho por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, e inserto en su *Historia de las ideas estéticas*. Dice D. Marcelino que «en lo que más se aventajó Saavedra Fajardo, fué en la descripción material de las cosas». Y comenta *Azorín* que lo que más interesa en *La República literaria*

es «la condensación total del sentimiento filosófico y social de un hombre culto en el siglo XVII». Y entre algunos temas originales que desarrolla Saavedra Fajardo, están el de decirnos él lo que piensa de Velázquez, de Lope, de Góngora, de Garcilaso, del Dante; el de exponernos apreciaciones sobre la ley natural, el estado de las Universidades, el descubrimiento de América (acaso por hombres anteriores a Colón), las singulares — y peligrosas—(son palabras de *Azorín*) teorías de Cardano acerca del espíritu en el sueño, el color en la pintura, el idealismo absoluto en metafísica...

En fin, señores, se desprende del artículo del sagaz y clásico *Azorín* que nuestro glorioso D. Marcelino se detuvo, admirado, en los aledaños del edificio literario de Saavedra Fajardo, porque desde allí columbraba hermoso campo y alegre paisaje, y no penetró dentro, para poder apreciar lo fundamental, que es casi todo.

No quiero tampoco dejar de recordar las crueles palabras que en la velada necrológica que el Ateneo de Salamanca celebró en honor de Galdós pronunció Unamuno, afirmando que D. Benito escribió como un jornalero; que se parecía a Tolstoi..., con la diferencia de que Galdós era de Sagasta y aquél de Dios, y otras cosas por el estilo.

Refiriéndose al primer decenio de su producción, que empieza con *La Fontana de Oro* y termina con *Un faccioso más y algunos frailes menos,* anotó Galdós: que las novelas se sucedían de una manera... inconsciente. *Gloria* fué una improvisación, un entusiasmo de quince días. Se le ocurrió de golpe, pasando por la Puerta del Sol, entre la calle de la Montera y el café Universal, viendo con claridad toda la primera parte...

Esa espontaneidad, esa inconsciencia, ese *algo* que no está en nuestro albedrío, que es el numen de los antiguos, la inspiración, el soplo sagrado y misterioso de la Poesía; eso—lo sabe el Sr. Unamuno mejor que nosotros—, eso, no puede darse en el trabajo de un jornalero. Ni la obra de Galdós adolece de civismo ni de realidad. ¡Pero si precisamente es de lo que peca! ¡Si por su grandioso, por su genial afán de aprisionar en su cerebro la realidad latente, marchitó su juvenil lirismo!...

Yo admiro a Unamuno como pensador, como poeta, como filósofo, como poliglota, como catedrático. Y, sin embargo, pienso como los muchos que creen que en esa velada de «El Sitio» cometió con sus palabras una verdadera injusticia e injuria literarias; afirmo que abusó de la paradoja, degenerándola... Pero, por haberlo dicho el sabio Unamuno, ese

asesinato literario (frustrado, claro, no faltaba más), ese crimen espiritual pasa a la Historia.

El genio galdosiano se manifiesta cuando encarna el sentimiento de la patria; cuando expone elevadas tesis, lo mismo que al convertirse en pintor magistral de la vida de los barrios bajos de Madrid, como en *Fortunata y Jacinta*, considerada por Menéndez y Pelayo como «uno de los mayores esfuerzos del ingenio español».

En *Angel Guerra*, Galdós refleja la espiritualidad de Toledo, con tan exuberante riqueza de motivos psíquicos, que D. Marcelino juzga que con esta novela novelesca entra su autor en «un mundo de ideas espirituales y aun místicas».

He ahí cómo la producción galdosiana demuestra el alma multiforme de su autor.

Galdós se iguala a Balzac. Tiene el humorismo de Dickens; la rebeldía demoledora de Ibsen; el misticismo socialista de Tolstoi... y el naturalismo de Zola; pero todo ello neutralizado, absorbido por su predominante realismo nacido de la pura cepa española. Es Galdós el primero, cronológicamente, entre los restauradores de nuestra novela (Valera, Alarcón, Pereda).

Sentía Galdós una admiración y afecto grandes hacia Pereda. Al hacer el panegírico de éste en el pró-

logo que escribió en *El sabor de la tierruca*, siendo tan grande la disconformidad de sus ideas en cierto orden, se justifica, diciendo: «Véase por dónde lo que se desata en la tierra de las creencias, es atado en los cielos puros del Arte. Esto no lo comprenderán quizás muchos que arden, con *stridor dentiun*, en el Infierno de la tontería, de donde no les sacará nadie. Tal vez lo lleven a mal muchos condenados de uno y otro bando: los unos, encaperuzados a la usanza monástica; otros, a la moda filosófica.»

En el teatro, Galdós no desmerece de su genio. *Electra* fué un éxito universal. Más de 80 representaciones consecutivas en Madrid; 180 en París. Se extendió por los teatros de toda Francia y Bélgica. En Roma alcanzó buen éxito. En Buenos Aires se representaba en tres teatros a la vez Fué traducida al griego, para su representación en Atenas...

Otro éxito enorme *El Abuelo* y *La loca de la Casa* y *Celia en los Infiernos*... y tantas otras.

En conclusión: aun los que más procuran aquilatar los méritos de las obras de Galdós, que reparan en que su estilo no es el de un Flauber, por ejemplo, que hacen resaltar su espíritu de intransigencia religiosa, etc.; cuando terminan de acumularle defectos, agregan que no intentan disminuir ni en un ápice la gloria del novelista ni la admiración que se le debe.

Y a seguida afirman que, sin el gran nombre de Galdós, no podría historiarse nuestra literatura ni casi nuestra vida contemporánea.

Los hombres grandes son codiciados por los partidos políticos. Ellos, por su parte, que son Verbo, tienen su tiempo de ardor material, en que les halaga convertirse en cabeza activa de los prosélitos que juntó el espíritu de sus obras.

Galdós no fué una excepción, como no lo ha sido el ilustre Blasco Ibáñez. El partido de Sagasta llevó a D. Benito al Parlamento, donde no pronunció una palabra. Pero Galdós no fué de Sagasta; fué de las esencias liberales, que éste parecía representar. Era un diputado puramente nominativo. No cedió al partido ni un ápice de sus creencias, ni un pensamiento ajeno a su personalidad. Ni cambió absolutamente en nada su vida, ni abandonó un instante sus trabajos literarios, que cada día encendían más el espíritu radical de su país, extendiéndose universalmente su fama. Y entonces dejó Sagasta de agregar a su minoría parlamentaria al gran literato.

Mas su obra se iba haciendo carne en el cuerpo de la democracia española; miles de hombres volvían sus ojos al que les infundió espíritu y voluntad. Toda esa muchedumbre que le aclamaba en el teatro; que le vitoreaba en la calle; que le adoraba en la soledad

de su conciencia, debía proporcionar el más santo orgullo al excelso moldeador de esas almas. ¿Ponerse a la cabeza de sus ardorosos admiradores? D. Benito no era político; no era orador; ni le importaba serlo. Pero el ejército de súbditos de su soberana inteligencia, le nombraba, en contra de su voluntad, su jefe; y le ofrecía el mando por conducto de *Demófilo*, que pertenecía a la Junta municipal republicana. Se negó reiteradas veces; mas cuando cedió a la presión gloriosa de los que hacían de su nombre una bandera patriótica y salvadora, aceptó, diciendo: «Bueno; me lanzaré a esa empresa a ver qué pasa.» Sus correligionarios le dieron 42.419 votos, para que el éxito de Galdós y sus compañeros en las lides electorales fuera único.

Como presidente de la Conjunción republicano-socialista, continuó siendo el mismo. Y más aún: con trenos apostólicos, cual otro Víctor Hugo, clamó, en escritos y en manifiestos en la Prensa, contra la reacción jesuítica, contra el régimen que amparaba el ostracismo de su país y contra el Gobierno que llevaba a éste, sangrante y engañado, a la aventura de Marruecos.

Creo haber expuesto hasta la saciedad que Galdós era sólo de España, y por ella luchó; que Galdós amaba a Europa, y que sólo se dió por entero a la Humanidad, musa de su arte.

¿Cómo había de ser de Sagasta, ni de la Conjunción, ni después de los reformistas? Oid su contestación cuando un escritor, Antón del Olmet, inquirió de él su opinión sobre la política:

—Creo poco, nada en ella. Nuestros partidos políticos no tienen ideal. Se va a ellos buscando medros personales. Romanticismo, amor al país... Esos son conceptos arcaicos en los que nuestra política no cree desgraciadamente...

Refiriéndose a los republicanos, dijo con paternal sinceridad:

—Que se ocupan con excesivo ardor de cosas pequeñas, y no responden a un mismo criterio.

—Pero eso no se puede decir—le hizo observar Pablo Nougués, su secretario de entonces.

Y Galdós, digno, enérgico, viril, contestó:

—Ya lo creo que se puede decir. Díganlo ustedes.

Definitivamente, pues, D. Benito no era de la política, sino de Dios.

«—Aunque el arte—dijo—no me hubiera producido nada, hubiera sido esclavo del arte. ¡Da tantas alegrías y satisfacciones! El dinero viene como de añadidura.»

La religión de Galdós es... ¿cómo lo diríamos? El Dios de Galdós es... el Dios de todos los dioses de las diversas religiones que se arrogan la exclusiva re-

presentación y el conocimiento de los misterios celestiales, o la Providencia. En *Gloria* plantea, precisamente, el más hondo conflicto entre un hombre modelo y una mujer virtuosa que se aman, que se entregan y que sólo los separa, fatalmente, el que Daniel Morton profesa en la religión de Israel, el dios de sus padres, y Gloria adora en Cristo El inmortal novelista quiso, por generosidad de alma, por misericordia ferviente y por hondo amor a la Humanidad, sembrar en las conciencias el fervor y la fe en un solo Dios verdadero, que es nuestro Padre, que está en los Cielos, como dijo Jesús...

Lo cual no significa que Galdós sea ateo, ni que deje de ser cristiano. El crucifijo magnífico de un Cristo sangrante que D. Benito tuvo durante su vida presidiendo su lecho, velando su sueño, comprueba que Galdós eligió, para compenetrarse con el Criador, al fundador de la religión más verdadera, por humana y por divina; al Dios cristiano de nuestro incomparable padre espiritual de la raza, genio de genios... Creo que he nombrado a Miguel de Cervantes Saavedra.

¿Y quién puede dudar del amor de Galdós a Dios? El mismo Voltaire firmó una declaración diciendo, como síntesis de su verdadera fe: «Muero amando a Dios, amando a mis amigos y detestando la supersti-

ción.» Y Diderot, cuerpo y alma de la Enciclopedia que engendró la Revolución, rechazaba la fama que le dieran de ateo, escribiendo: «Entonces sentí la superioridad de la religión cristiana sobre todas las religiones del mundo. ¡Qué profunda sabiduría había en lo que la ciega Filosofía llama la locura de la cruz!

En el estado en que me encontraba, ¿de qué me hubiera servido la imagen de un legislador feliz y colmado de la gloria? Yo veía al inocente herido en el costado, la frente coronada de espinas y expirando en medio de sufrimientos, y yo me decía: «¡He ahí mi Dios, y me atrevo a quejarme!»

Estos grandes hombres lo que han hecho es despreciar, defenderse y combatir la falsedad, la hipocresía y la explotación inicua de los que comercian y hacen banderín político y social de la religión.

Galdós podía, pues, admirar a los que amaron a Dios verdaderamente: A Sakia-Muni, Platón, Buda, San Pablo, San Agustín, San Francisco de Asís... Renán, humanizándole, dijo que «Jesús no tiene visiones. Dios no le habla como si estuviera fuera de él; Dios está en él, siéntele dentro de sí, y cuanto dice de su Padre, brota de su corazón».

Agradezcamos a Galdós su gigantesco esfuerzo en limpiar a su patria de la roña clerical, del jesuitis-

mo, que, en la leyenda, es sinónimo de hipocresía y astucia falaz.

Galdós no iba a la iglesia; pero conforme al sentido del Nazareno, entraba en su cámara (su conciencia) y oraba a su Padre, que estaba en él en secreto; y su Padre le recompensaba en público.

Que alguien ha dicho junto al pozo de Jacob: «Mujer, créeme a mí; ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre; ya llega el tiempo en que los verdaderos adoradores le adorarán en espíritu y en verdad.»

—Mis palabras no pasarán—agregó el Hijo de Dios.

Por eso Galdós las comprendió, las sintió palpitar, porque supo enamorarse de lo eterno.

Yo quisiera, señoras y señores, como una oración al genio y a la persona noble y santa de Galdós, poder recorrer con mi voz el mundo entero, y recordar a los ignorantes, a los despechados, a los fanáticos y a los engañados respecto a nuestro glorioso novelista, lo que Cristo dijo a sus hermanos, cuando éstos le advirtieron la mala intención de sus enemigos:

«No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, de que sus obras son malas.»

HE DICHO

# OPINIONES DE LA PRENSA

De *A B C:*

«Ayer se celebró en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, a cargo del novelista A. Alarcón Capilla, disertando sobre el tema «Galdós y su obra», siendo presentado por el escritor D. Guillermo Dendariena, organizador de este ciclo.

El Sr. Alarcón Capilla, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, hizo un trabajo crítico y filosófico de la persona del insigne novelista y su genio desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla escuchó muchos aplausos y recibió felicitaciones justas en premio a su inspirada y documentada labor cultural.»

Del *Diario Universal*:

«La tercera conferencia del ciclo galdosiano que se celebra en el Ateneo, corrió a cargo del Sr. Alarcón Capilla, a quien presentó el Sr. Dendariena.

El conferenciante hizo un elogio de la obra literaria de Galdós, y puso de resalto el brioso optimismo y la elevación del autor de *Gloria*, cuando trata de problemas e ideas religiosos, sin caer nunca en vulgares reproches a la fe y a las prácticas cristianas.

Luego hizo el Sr. Alarcón Capilla un análisis de la obra literaria del novelista, deteniéndose en sus cualidades de poder inventivo y riqueza psicológica y el movimiento dramático de sus obras.

El conferenciante trató, desde un punto de vista personal, la

obra de Galdós, sobre la cual hizo interesantes observaciones.

El auditorio aplaudió al conferenciante.»

De *El Globo*:

«Ayer, a las seis de la tarde, continuó en el Ateneo el ciclo de conferencias sobre Galdós, con una del novelista D. Antonio Alarcón Capilla, que disertó acerca del tema «Galdós y su obra».

El conferenciante estudió filosóficamente la personalidad de Galdós en su aspecto moral y social, y definió el genio galdosiano en sus derivaciones artísticas, sociológicas, políticas y religiosas, abundando en el sentido histórico y estético de la misma, haciendo resaltar su genio desenvolviéndose en España, palpitando con ella y trascendiendo a la Humanidad.

En la imposibilidad de reseñar los múltiples matices de la hermosa conferencia dada por el Sr. Alarcón Capilla, reproducimos uno de sus muy inspirados párrafos: «Yo creo que Galdós no pensó un instante en satisfacer los gustos del gran Pereda, sino que Galdós arrancó de sí mismo los diez volúmenes de la primera serie de sus *Episodios;* que Galdós se sometió al épico poeta que llevaba dentro, desarrollado, completo, con ojos, con vida propia, pugnando por salir al mundo; que Galdós tuvo que echarle fuera porque le ahogaba; que los hijos del cerebro brincan y gritan, y rompen las entrañas si no se les saca a la vida; como la mujer concibe y pone en la gestación de su hijo todos sus nervios, su sangre y su voluntad y se entrega al parto, aunque la criatura sea distinta a la madre, aunque sea un monstruo...»

El conferenciante fué presentado por D. Guillermo Dendariena, quien escuchó muchos aplausos.

El Sr. Alarcón Capilla obtuvo un verdadero y resonante éxito en el Ateneo, y fué ovacionado varias veces durante su selecta conferencia, homenaje que se intensificó al final con verdadero entusiasmo.»

De *El Imparcial:*

«Ayer se celebró en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, que así por el acierto con que ha sido organizado por el Sr. Dendariena como por significar un homenaje de admiración rendido al glorioso novelista y dramaturgo, lleva a la docta Casa público tan numeroso como selecto, entre el cual figuran muchas señoras y muy ilustres personalidades.

La disertación de ayer estuvo a cargo del conocido escritor D. Antonio Alarcón Capilla, que fué presentado con breves frases laudatorias por D. Guillermo Dendariena, a quien la concurrencia aplaudió justamente.

El Sr. Alarcón, con gran dominio de la palabra, ponderó la excelsitud espiritual de la obra galdosiana, el brioso optimismo del maestro, que brilla siempre y campea aún en lo que a las ideas religiosas se refiere, ya que nunca incurrió el creador de *Gloria* en vulgares reproches a la fe y a las prácticas cristianas.

Habló el disertante de las creaciones de Galdós, ensalzando en brillantes períodos el poder inventivo, el interés, la emoción, la riqueza psicológica de los personajes, el movimiento dramático de sus obras y las geniales dotes que hacen del insigne novelista una de las mayores figuras de las letras hispanas en todos los tiempos.

Por los nuevos aspectos críticos de las producciones galdosianas que el Sr. Alarcón expuso en su conferencia, obtuvo éste merecidos aplausos del auditorio al terminar su disertación.»

De *El Liberal:*

«En la tribuna del Ateneo tuvo lugar la tercera conferencia de las correspondientes al ciclo galdosiano, a cargo del novelista A Alarcón Capilla, que disertó sobre el tema «Galdós y su obra», siendo presentado por D. Guillermo Dendariena, organizador de este ciclo.

El Sr. Alarcón Capilla, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, ha hecho un trabajo crítico

y filosófico de la persona del insigne novelista y su genio, desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla escuchó muchos y merecidos aplausos por su documentada labor.»

De *El Mundo:*

«El notable novelista D. Antonio Alarcón Capilla dió el lunes en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, disertando sobre el tema «Galdós y su obra».

El Sr. Alarcón Capilla, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, hizo un trabajo crítico y filosófico de la persona del glorioso novelista y su genio, desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla escuchó muchos aplausos y obtuvo un verdadero triunfo con su inspirada y profunda disertación.»

De *El Sol:*

«La tercera conferencia del ciclo galdosiano que se celebra en el Ateneo estuvo a cargo del Sr. Alarcón Capilla, que fué presentado por el Sr. Dendariena.

El conferenciante hizo un elogio de la obra literaria de Galdós y puso de resalto el brioso optimismo y la elevación del autor de *Gloria* cuando trata de problemas e ideas religiosos, sin caer nunca en vulgares reproches a la fe y a las prácticas cristianas.

Luego hizo el Sr. Alarcón Capilla un análisis de la obra literaria del novelista, deteniéndose en sus cualidades de poder inventivo y riqueza psicológica y el movimiento dramático de sus obras.

El conferenciante trató desde un punto de vista personal la obra de Galdós, sobre la cual hizo interesantes observaciones.

El auditorio aplaudió al conferenciante.»

De *Heraldo de Madrid:*

«La tercera conferencia de este interesante ciclo, a cargo del conocido escritor D. Antonio Alarcón Capilla, que desarrolló

ayer tarde una documentada disertación sobre la obra y la figura literaria de Galdós.

Habló el conferenciante de las grandes creaciones del autor de *Gloria*, ensalzando en brillantes conceptos la riqueza ideológica, la emoción y las perfecciones técnicas, que hacen de la producción galdosiana el más importante monumento de nnestra literatura contemporánea.

El Sr. Alarcón, que demostró un gran conocimiento de la materia y excelentes dotes críticas, fué muy aplaudido por el selecto auditorio que llenaba el salón de actos del Ateneo.»

De *La Acción:*

«Ayer, en el Ateneo, dió el Sr. Alarcón Capilla la tercera conferencia acerca de la obra de Galdós.

Hizo un análisis de la obra literaria del novelista, deteniéndose en sus cualidades de poder inventivo y riqueza psicológica y el movimiento dramático de sus obras.

El conferenciante trató desde un punto de vista personal la obra de Galdós, sobre la cual hizo interesantes observaciones.»

De *La Correspondencia de España:*

«Anoche tuvo lugar en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, a cargo de D. Antonio Alarcón Capilla.

D. Guillermo Dendariena hizo la presentación del conferenciante.

El Sr. Alarcón pronunció un elocuente discurso analizando la obra de Galdós, y obtuvo merecidísimos aplausos del distinguido auditorio que llenaba el salón.»

De *La Correspondencia Militar*:

«Ayer se celebró en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, que así por el acierto con que ha sido organizado por el Sr. Dendariena como por significar un homenaje de admiración rendido al glorioso novelista y dramaturgo, lleva a la docta Casa público tan numeroso como selecto, entre el cual figuran muchas señoras y muy ilustres personalidades.

La disertación de ayer estuvo a cargo del conocido escritor D. Antonio Alarcón Capilla, que fué presentado con breves frases laudatorias por D. Guillermo Dendariena, a quien la concurrencia aplaudió justamente.

El Sr. Alarcón, con gran dominio de la palabra, ponderó la excelsitud espiritual de la obra galdosiana, el brioso optimismo del maestro, que brilla siempre y campea aún en lo que a las ideas religiosas se refiere, ya que nunca incurrió el creador de *Gloria* en vulgares reproches a la fe y a las prácticas cristianas. El disertante demostró que sus dotes oratorias corre parejascon su labor de novelista, acreditada ya por la publicación de interesantes libros, agotados apenas puestos a la venta.

El Sr. Alarcón Capilla, al hablar de las creaciones de Galdós, ensalzó en brillantes períodos el poder inventivo, el interés, la emoción, la riqueza psicológica de los personajes, el movimiento dramático de sus obras y las geniales dotes que hacen del insigne novelista una de las mayores figuras de las letras hispanas en todos los tiempos

Por los nuevos aspectos críticos de las producciones galdosianas que el Sr. Alarcón expuso en su conferencia, obtuvo éste merecidos aplausos del auditorio al terminar su disertación.

Felicitamos efusivamente al Sr. Alarcón Capilla por su brillante disertación.»

De *La Libertad*:

«Ayer dió la tercera conferencia de las correspondientes al ciclo galdosiano el novelista A. Alarcón Capilla, disertando sobre el tema «Galdós y su obra», siendo presentado por el escritor D. Guillermo Dendariena, organizador de este ciclo.

El Sr. Alarcón Capilla, con gran dominio de la palabra, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, hizo un trabajo crítico y filosófico de la persona del glorioso novelista y de su genio, desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla fué premiado con muchos y merecidos aplausos por su meritísima labor.»

De *La Tribuna:*

«En el Ateneo tuvo ayer lugar la tercera conferencia de las correspondientes al ciclo galdosiano, a cargo del novelista A. Alarcón Capilla, que disertó sobre el tema «Galdós y su obra», siendo presentado por D. Guillermo Dendariena, organizador de este ciclo.

El Sr. Alarcón Capilla, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, ha hecho un trabajo crítico y filosófico de la persona de Galdós y su genio, desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla escuchó muchos y merecidos aplausos por su labor.»

De *La Voz:*

«La tercera conferencia del ciclo galdosiano que se celebra en el Ateneo estuvo a cargo del Sr. Alarcón Capilla, que fué presentado por el Sr. Dendariena.

El conferenciante hizo un elogio de la obra literaria de Galdós y puso de resalto el brioso optimismo y la elevación del autor de *Gloria* cuando trata de problemas e ideas religiosos, sin caer nunca en vulgares reproches a la fe y a las prácticas cristianas.

Luego hizo el Sr. Alarcón Capilla un análisis de la obra literaria del novelista, deteniéndose en sus cualidades de poder inventivo y riqueza psicológica y el movimiento dramático de sus obras.

El conferenciante trató desde un punto de vista personal la obra de Galdós, sobre la cual hizo interesantes observaciones.

El auditorio aplaudió al conferenciante.»

De Angel Dotor, en *La Voz de Guipúzcoa* (San Sebastián):

21 marzo de 1922.

«.................. ..................................

Reciente está, además, su excelente conferencia leída en el Ateneo de Madrid, a propósito de Galdós, y la cual fué motivo

—por lo documentada, por lo razonada, por lo rebosante de excelencias en el plan propuesto y de entusiasmo estético ante la labor del *maestro*—de que mereciera la atención de la actualidad espiritual de aquellos días, a más que muy efusivos y justos aplausos de los que tuvieron la satisfacción de oírle.»

.........................................................

De ***Vida Nueva:***

«Ayer se celebró en el Ateneo la tercera conferencia del ciclo galdosiano, a cargo del novelista A. Alarcón Capilla, que disertó sobre el tema «Galdós y su obra», siendo presentado por el escritor D. Guillermo Dendariena, organizador de este ciclo.

El Sr. Alarcón Capilla, en su notable conferencia, además de divulgar la producción de Galdós, hizo un trabajo crítico y filosófico de la persona del insigne novelista y su genio, desenvolviéndose y desarrollándose en sus libros.

El Sr. Alarcón Capilla fué aplaudido con entusiasmo y recibió muchas felicitaciones de personalidades en compensación a su inspirada y documentada labor.»

# Juicios críticos de las novelas "El santo varón" y "El encuentro de dos almas".

«Esta novela, que por su subtítulo—«El gran lujurioso»—, y por su portada, parecerá al lector de buena fe una vulgar obra pornográfica, tiene, por el contrario, un noble fin moral. Es una novela de tesis, en el buen sentido de la palabra; quiere decirse con esto, que siendo una novela que persigue un fin moralizante, que trata de sostener una idea y desarrolla una acción para demostrarla, no es enfadosa, ni pesada, ni invade campos reservados a otro género de producciones literarias.

*El santo varón* cumple en primer término y en la forma más satisfactoria el primer fin que debe perseguir toda novela: distraer. Es un libro de lectura grata. Es interesante. Hay en ella vida, acción y movimiento.

Y con todo esto, el señor Alarcón Capilla, manteniéndose en un buen terreno de arte, no ha olvidado que es preciso fundamentar en un justo desarrollo psicológico los actos de sus personajes. No hacerlo así hubiera sido más imperdonable todavía—lo es siempre en toda obra novelesca—, en un libro como éste en que la evolución espiritual por que atraviesa el personaje central se ofrece al lector como ejemplo y demostración de la tesis sostenida.

Ese don Fabio del Moral, cuyas andanzas—en tono si es no es autobiográfico a veces—nos cuenta el señor Alarcón Capilla, es un gran amador. Y no por mucho amar, ni por amar más fácilmente, logra realizar su ideal de dicha. Éste llega después

por el más normal, burgués y conservador de los caminos: el de la Vicaría. El libro, tras unas cuantas escenas en cuya descripción parece haber tenido el señor Alarcón Capilla por maestro a Casanova, acaba en boda. Y esa boda representa por don Fabio del Moral la felicidad.

Hay que confesar que el único *pero*, por lo menos el *pero* más importante que se le puede poner al libro, está en la vivacidad de estas descripciones eróticas. Confesamos también que en esto mismo no es el señor Alarcón Capilla de los que a mayores excesos han llegado. Casi siempre unos puntos suspensivos, púdicos y elocuentes, sustituyen a otras elocuencias descriptivas muy empleadas por otros escritores en estos tiempos con serio detrimento del pudor.

Acaso pueda ponerse otro defecto al libro: la extensión que se da a los discursos, sobre todo género de cosas, que don Fabio pronuncia con frecuencia.

Ello obedece, indudablemente, a abundancia de ideas que el autor, pletórico, ha sentido la necesidad de confiar abundantemente al papel. Esa plétora es lo que le ha hecho perder el sentido de la medida en alguna ocasión. Ha pecado por exceso. Y, a decir verdad, aun siendo éste un pecado, bastante más perdonable es que el opuesto, puesto que lo más triste en literatura es el libro palabrero, vacío de ideas, y en que el estilo trata de ocultar esa miseria espiritual.

La novela del señor Alarcón Capilla lleva un prólogo muy interesante del señor Téllez de Sotomayor.

ALEJANDRO MIQUIS.»

(De *Diario Universal.)*

«El joven literato don Antonio Alarcón Capilla acaba de publicar una interesante novela titulada *El santo varón*, que le acredita como profundo psicólogo, fino observador y narrador amenísimo.

*El santo varón* es una novela que se lee con gusto y sin fa-

tiga en una sola sesión, dejando en el lector una impresión agridulce y una viva simpatía por el protagonista de la obra, un joven sano y fuerte, sujeto a las flaquezas de la carne, de las que triunfa merced a una obsesión idealista.

La acción de la novela está localizada en tierras extremeñas, que el señor Alarcón pinta con vivos colores y firmes rasgos.

La novela del señor Alarcón lleva un prólogo del notable escritor don Joaquín Téllez de Sotomayor.»

(De *El Imparcial.)*

«Don Antonio Alarcón Capilla aparece en el escenario literario con esta novela, en la que demuestra relevantes condiciones para tan difícil género.

*El santo varón* es el comienzo de la historia de un romántico hidalgo extremeño, que se lanza a luchar a brazo partido con los obstáculos materiales que todo anhelo ideal encuentra en el seno de la torpe existencia en que nos agitamos.

Como obra de primerizo sobresale en ella la ingenuidad, que en algunos casos puede aparecer como descuido, resaltando de este modo más aun su honradez literaria. Lástima que el señor Alarcón Capilla haya creído preciso dar un segundo título a su obra en contradicción con la noble tendencia del libro, y puede prestarse a un equívoco vergonzoso, que creemos no debe haber estado en la intención del novelista.

*El santo varón*, más que por lo que vale, significa por lo que anuncia para el día en que su autor se detenga algo más tiempo en la preparación de la fábula y en la descripción del escenario.

Esperemos, pues, a obras futuras para confirmar nuestro juicio.

J. GARCIA MERCADAL.»

(De *La Correspondencia de España* )

«Es esta una novela estimable por su fondo moral. El autor, don Antonio Alarcón Capilla, joven y culto escritor extremeño, aborda en este libro un tema tan interesante y tan educador como el triunfo de la voluntad en las luchas de la vida.

Diáfano y fuerte en la expresión, profundo en el concepto y con un sano sentido analítico, el señor Alarcón Capilla nos presenta en *El santo varón* un caso de luchador enérgico que, merced a su esfuerzo volitivo, vence las mil vicisitudes que le salen al paso y logra dominar su temperamento, apartándose del vicio para enaltecerse en el trabajo.

Repetimos que con este libro el señor Alarcón ha hecho una gallarda salida al campo de la novela, donde logrará una reputación cuando depure algunas deficiencias técnicas, ahora muy disculpables. El fondo de su labor y la intensidad de trazo en algunos capítulos así lo promete.»

(De *A B C.*)

«Este joven periodista, querido amigo nuestro, aborda hoy el campo del libro, donde su brillante pluma ha de conquistar los prestigios que ya tiene en el terreno del periodismo.

Los lazos de amistad que nos unen a Alarcón Capilla ponen trabas a nuestra pluma.

Los justos elogios que merece su novela *El santo varón*, y la creación maravillosa que representa su protagonista don Fabio del Moral, parecerían ante los ojos de los escépticos, hijos del afecto, y ello nos obliga a terminar estas notas con las últimas líneas del prólogo que ha puesto al libro don Joaquín Téllez de Sotomayor.

«Lee, lector, *El santo varón*; ello te lo aconsejamos sinceramente, y sólo en gracia de tu interés.»

Luis Antón del Olmet.»

(De *El Parlamentario*.)

«Hemos recibido una novela, primer trabajo en este género literario, del escritor don Antonio Alarcón Capilla; firma acreditada ya como articulista en importantes diarios de Madrid.

Esta obra, cuyo título se consigna en el encabezamiento de este artículo, acusa un temperamento acometedor, que promete un porvenir al que tan brillantemente acaba de aparecer en el palenque literario donde se cultiva la novela.

Alarcón Capilla presenta un tipo, su tipo, el muchacho joven sujeto a las flaquezas de la carne, de las que triunfa merced a una obsesión idealista.

Buen extremeño, el autor ha llevado el desarrollo de sus escenas a tierras de Extremadura, y en las páginas de su obra se ve palpitar un regionalismo puro y sano, el que se pone de manifiesto en un canto de amor a la patria chica.

Suponemos que, ya que el dios Éxito ha coronado los esfuerzos del autor de *El santo varón*, Alarcón Capilla seguirá trabajando sin dormirse en los laureles.

Avalora la novela un prólogo, merced al cual es presentado el autor al público, por la pluma de nuestro querido compañero Joaquín Téllez de Sotomayor.»

(De *La Corresponpencia Militar.*)

No se nos oculta que es ésta una obra de tesis de la cual el señor Téllez, en el prólogo que la encabeza, dice, entre otras, estas sustanciosas palabras: «Fabio, el Fabio que presenta Alarcón Capilla es una creación generosa que reconciliará al lector escéptico con la Humanidad.»

«Consigue Alarcón Capilla lo que se propone en su novela, con una trama tan sencilla como realista y encantadora; con un estilo ágil, flúido, fogoso, tan sugestivo, que si hubiéramos de buscar semejanza en algún maestro de noble estirpe literaria la hallaríamos en la prosa de enjundia, artística y sin igual, de su homónimo el autor de *El sombrero de tres picos.*

Este joven literato, a la manera de los grandes escritores, no

se limita en su novela a deleitar a sus lectores, sino que indefectiblemente deja en las almas la semilla indestructible del espíritu.

Y así hemos sentido, al través de los capítulos de este libro, que hemos leído de un tirón, el placer estético viendo cómo Fabio, al hacer obrar en sí mismo las sanas leyes de la Naturaleza, destruye el mal con el bien y el escepticismo con el optimismo activo capaz de renovar y vigorizar la raza, de que tan necesitada está España.

En fin, como buen extremeño, Alarcón Capilla ha sabido poner en boca de su héroe un soberbio canto a Extremadura, ensalzándola justamente y excitándola con arrebato patriótico a que renueve su glorioso pasado.

Y solamente esto bien merece el aplauso de sus paisanos, y, por tanto, del público en general.

ALFREDO CABANILLAS.»

(De *España Nueva.*)

«Con esta novela se nos presenta un nuevo escritor dotado de un equipo seguro para el éxito. Don Antonio Alarcón Capilla es un artista de temperamento fino y sensible y de talento hondo, que sabe encararse con problemas de verdadera altura intelectual y desarrollarlos con el agradable encanto de un interés siempre creciente. Esta novela es de esas que se leen de un tirón; sin fatiga alguna; tan sentidamente está escrita y tan amable forma la desdobla.

En el nuevo novelista se acusan, desde luego, dos líneas que parten paralelas, con igual fuerza, con igual positivo valor. Una es el don de costumbrista colorido y exacto que tiene el autor. Con cuatro trazos pinta toda una escena y destaca de manera admirable el paisaje y el ambiente en los que se mueven los personajes del suceso novelesco. Todas las descripciones están dotadas de un color perfecto, y aun los más pequeños detalles se hallan recogidos por la observación sagaz del escritor. La

acción de la novela se halla localizada en tierras de Extremadura, y todos los usos, las costumbres, la gente de esta región palpitan y viven en las páginas de *El santo varón*. Esto da al libro un evidente valor de literatura regionalista.

El otro aspecto más acusado del novelista es su sentido psicológico, su adentramiento en las almas hasta descubrir sus más recónditos pensamientos, hasta apoderarse de todo el sentimiento y de las pasiones y arrancarlos como raíces desenterradas.

En esta novela presenta Alarcón Capilla un tipo interesante de un muchacho joven y fuerte, sujeto a las flaquezas de la carne, de las cuales triunfa merced a una obsesión idealista. La lucha que se desenfrena en este héroe de sus ideales es ruda y firme, y el autor ha sabido tratarla de manera admirable, no obstante las dificultades a vencer que presenta el tema.

*El santo varón* abunda en escenas de emoción intensa y de resbaladizo terreno erótico; pero el escritor supo tratarla con arte y dar un suave y armónico encanto a cuanto pudiera ser crudo y violento.

En el estilo campea un gusto y una corrección exquisitos, que acusan el temperamento de indudable originalidad de don Antonio Alarcón Capilla.

Este libro está avalorado con un prólogo del notable escritor Joaquín Téllez de Sotomayor.

GIL FILLOL.»

(De *La Tribuna*.)

Madrid, 29 enero 922.

«El joven y notable escritor Antonio Alarcón Capilla, celebrado autor de *El santo varón*, ha publicado una nueva novela titulada *El encuentro de dos almas*, que confirma su cualidad resaltante de novelista amenísimo, fiel observador y sutil psicólogo. Esta obra es un canto al amor fuerte y noble que nace de la compenetración absoluta de las almas. Y una sátira de la so-

ciedad que separa esas almas amantes con los convencionalismos superficiales, haciendo surgir para los hijos la mansa y oculta tragedia. Su estilo es reposado, cálido y suave, dúctil al cambio de emociones, vibrante a veces y siempre sobrio.

En el libro *El encuentro de dos almas* hay dos personajes, Alicia y Lázaro, que se destacan grandemente, y otro, Tomás, muy acabadamente pintado; y toda la novelita se lee con el encanto de un madrigal hondamente vivido y palpitante, en el que el Sr. Alarcón Capilla ha exaltado y ennoblecido el ardor y espiritualidad juveniles.»

(De *El Imparcial.*)

Madrid, enero 922.

«*El encuentro de dos almas*, por A. Alarcón Capilla.—El joven escritor extremeño Alarcón Capilla nos ha enviado un ejemplar de la última de sus novelas, que lleva por título el que encabeza esta nota. Y, aunque sea muy brevemente, vamos a dedicar unas líneas de glosa crítica hablando de ese libro.

*El encuentro de dos almas* es una novela de tesis, pues desenvuelve en su fondo todo un hondo y trascendental problema de ética social, cuestión tan profunda cuanto que poco debatida, si que en todos los espíritus se encuentre latente la necesidad de resolverla. Las figuras de los dos protagonistas de la acción novelesca están magistralmente troqueladas, y predominan siempre la fuerza emotiva que ocasiona la afinidad de esas dos figuras de Alicia y Lázaro—de esas *dos almas*—que riman un exquisito poema vivido al amor que impera y redime, aunque sean víctimas de la fatalidad, no pudiendo convertir en realidades sus anhelos, ya vinculados con el mutuo tributo y la maravillosa ofrenda recíproca del espíritu y el cuerpo...

Auguramos éxitos al notable escritor de *El santo varón* y *El encuentro de dos almas*.—A. D.»

(De *Cosmópolis.*)

Madrid, 7-2-922.

«Después de su primera novela *El santo varón*, el joven escritor Antonio Alarcón Capilla ha reincidido con otra titulada *El encuentro de dos almas.*

En esta novela se acusa un gran avance en la técnica y en el estilo y puede esperarse del autor muchas y muy interesantes novelas.

Alarcón Capilla es un espíritu observador y un escritor de amena literatura.

En *El encuentro de dos almas* ha desarrollado un tema de pasión y de dolor. Se trata de dos seres que se inclinan uno a otro atraídos por un hondo sentimiento amoroso; pero los convencionalismos sociales los separan, matando una pasión irrefrenable.

Hay capítulos de gran interés, y todos los personajes que intervienen en la novela tienen trazos de fina psicología y un indudable carácter humano.

*El encuentro de dos almas* acredita a su autor como un novelista de positivo talento.

José Castellón.»

(De *Vida Nueva.)*

San Sebastián, 21-3-922.

«Tarea harto vulgar es la del encomio y el elogio en esta época en que tanto se prodigan aquéllos, sin análisis de valores ni sensata y serena aceptación de méritos por el intelecto imparcial y elevado. Porque si hay algo odioso en nuestros días, es esa irrupción de prestigios falsos en el campo intelectual, a los que va la loa por parte del público beocio con su tributo material, y el de la crítica—mercenaria las más de las veces—con sus inconscientes halagos. En este estado de cosas, habitual por doquier en España, hay que tomar una *posse* muy singular para que el crítico sincero resplandezca en sus afirmaciones categóricas.

Henos aquí, pues, en el caso de hablar ligeramente de un escritor de positivos y relevantes méritos, adentrado ha poco en el campo de la novela, con incursiones bien notables y prometedoras, por cierto, de una exuberante madurez espiritual, plena de ópimas frutescencias estéticas.

Alarcón Capilla, el joven y ya bien destacado escritor extremeño, aclimatado por completo a la atalaya espiritual madrileña—que compendia todas las latitudes del pensar hispano—, cuyos méritos tenemos bien constatados, para lo cual no obsta nuestra reciente conoscencia, es uno de esos hombres que, por excepción, poco frecuente, merecen el amplio aplauso y el ditirambo, no por parte del turiferario, sino del Aristarco severo y justo. Y decimos por excepción, ya que no sólo conocemos al Alarcón Capilla del libro, o sea al autor, sino al hombre, al amigo, al ideal artista que plasma en sus obras la concepción del Arte y la Belleza—una y universal—, amasada en concomitancia exquisita con el precioso reflejo subjetivo del hombre austero, aunque efusivo; del camarada cordial, sí que sensato; del caballero. Y es, por desgracia, bien poco frecuente el que se den casos de una plenitud tal en un artista, en un hombre de letras, pues parece que, por fatal designio de los hados, ha de ser lo más corriente en los titulados espíritus superiores el que carezcan de principios éticos, de que no suelen adolecer las medianías, con lo cual resalta aquella opinión por alguien apuntada de que en esto se echa de ver la compensación de la Naturaleza, que lo que otorga preponderante, con la ubérrima riqueza del sentimiento unas veces, de la inteligencia otras, priva, las más, de lo que en ocasiones son elementales imperativos de conducta. Infinidad de casos así conocemos.

La obra del escritor Alarcón Capilla se va haciendo sólida, y esta su labor en el campo de la novela se acaba de afirmar con paladina rotundidez, merced a las dos obras que recientemente ha vertido a la luz.

En 1919 debutó con el libro *El santo varón*, que tan acertados elogios mereció de la crítica, la cual se ocupó extensamente de esa producción, en la cual veía, más que una novela de

positivo mérito, la auroral promesa de un escritor concienzudo y dueño de sí mismo, que en breve había de mostrarse en la plenitud de sus facultades, a tenor de la serena y segura ascensión de su camino de dominio de la técnica literaria, hábil y felizmente emprendido.

No hemos de especificar los elogios esos, ni los juicios que el libro mereció, porque ello sería por demás prolijo, como tampoco referir su labor un tanto sostenida en la Prensa, en la cual. en periódicos y revistas de los más importantes, apareció su firma.

Reciente está, además, su excelente conferencia leída en el Ateneo de Madrid, a propósito de Galdós, y la cual fué motivo —por lo documentada, por lo razonada, por lo rebosante de excelencias en el plan propuesto y de entusiasmo estético ante la labor del maestro—, de que mereciera la atención de la actualidad espiritual de aquellos días, a más que muy efusivos y justos aplausos de los que tuvieron la satisfacción de oírle.

De la última obra de Alarcón Capilla decíamos recientemente: *El encuentro de dos almas* es una novela de tesis, pues desenvuelve en su fondo todo un hondo y trascendental problema de ética social, cuestión tan profunda como poco debatida, aunque en todos los espíritus se encuentre latente la necesidad de resolverla. Las figuras de los dos protagonistas de la acción novelesca están magistralmente troqueladas, y predomina siempre la fuerza emotiva que ocasiona la afinidad de esas dos figuras de Alicia y Lázaro —de esas *dos almas*—, que riman un exquisito poema vivido al amor que impera y redime, aunque sean víctimas de la fatalidad, no pudiendo convertir en realidades sus anhelos, ya vinculados con el mutuo tributo y la maravillosa ofrenda recíproca del cuerpo y el espíritu... Auguramos éxitos al notable escritor de *El santo varón* y *El encuentro de dos almas*.

ANGEL DOTOR.»

(De *La Voz de Guipúzcoa.)*

# INDICE



